
ESPACIO
El mundo FUTURO
LA TAPA
louis g. milk

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

LÁZARO
DE
TORMES.

Louis G. Milk

La tapa

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 367

ePub r1.0

Lds 08.04.18

Título original: *La tapa*
Louis G. Milk, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

LA TAPA.



CAPÍTULO PRIMERO

El Primer Investigador dijo:

—En este planeta se han sucedido seis civilizaciones.

Syomon, 4.º Investigador, miró al lº y contestó:

—Las pruebas no son concluyentes.

—Espero demostrarlo dentro de poco, querido amigo —manifestó Bozaan, Primer Investigador, mostrando indulgencia hacia un joven que se atrevía a contradecirle.

Era preciso ser benévolo con los jóvenes. Doscientos años de edad, lo que significaba otros tantos de estudios, separaban a Syomon de Bozaan.

—Nunca me alegraría más que ello, señor —manifestó el joven, mientras lanzaba una distraída mirada a los instrumentos de su tablero de medidas.

Al fondo, a veinticinco o treinta metros, media docena de Investigadores más trabajaban con ahínco por arrancar los secretos del planeta en que se hallaban.

—La estrella que nos alumbra está todavía en su fase amarilla. Antes de que se apague habrán de pasar cien millones de años —dijo Bozaan.

—Es el término medio de vida de toda estrella centro de un sistema planetario, en efecto —convino Syomon.

Miró de nuevo al grupo de Investigadores. Neba, la hermosa Neba, estaba con ellos.

—La séptima civilización está a punto de alborear —dijo Bozaan.

—¿Cuál es la duración media de cada una de las anteriores? —preguntó Syomon.

—¡Oh! —contestó Bozaan en tono intrascendente—, es

imposible emitir una respuesta concreta. Puede oscilar entre doscientos mil años y dos millones de años. Depende…

Bozaan miró una pequeña pantalla que tenía a corta distancia de sus ojos, interrumpiéndola, bruscamente.

—¿Depende de…? —preguntó Syomon.

Una fresca brisa sopló de pronto, agitando las ramas de los árboles bajo cuya sombra se guarecían de los ardores del sol.

—Depende de la forma en que haya terminado cada etapa o período de civilización —manifestó Bozaan por fin—. Si esa etapa concluyó de una forma normal, la duración puede alcanzar fácilmente los dos millones de años… me refiero a un plazo que se cuenta desde que hace su aparición la primera forma de vida inteligente.

—Por supuesto —repuso Syomon con toda cortesía.

—Pero también puede ocurrir que esa civilización se haya extinguido por una causa menos natural.

—¿Provocada?

—Claro.

—¿Guerra?

—El ser humano odia la guerra, pero no sabe vivir sin guerra —dijo Bozaan en tono sentencioso.

—Las plantas y los animales que hemos encontrado no muestran rastros de mutaciones biológicas debidos a agentes externos, artificiales, desde luego —habló Syomon.

—Lo más seguro es que, desde el final de la última etapa civilizada, la sexta, hasta el principio de la séptima, haya pasado un lapso da tiempo tal, que se hayan borrado, por sí solos, todos los rastros de mutación —opinó Bozaan.

—¿Dos millones de años?

—O diez, ¿quién sabe?

—Hemos encontrado homínidos pseudointeligentes —replicó Syomon.

—Seres que pueden mantenerse en posición bípeda, nada más, querido amigo —dijo Bozaan.

—A mí me parece que son mutantes.

—En ascensión biológica hacia una escala superior de vida.

—Los grandes reptiles desaparecieron hace muchísimos siglos.

—Pasó su época, Syomon. Anteriormente, en pasadas etapas de

civilización, los seres vivientes adoptaron formas que no somos capaces siquiera de imaginarnos.

—La lástima es que los anteriores habitantes del planeta no hayan dejado nada que pueda servirnos para nuestra orientación —se lamentó Syomon.

—Dos o diez millones de años, ¿quién sabe el tiempo que pasó?, son suficientes para alterar por completo la superficie de un planeta. Se han hundido continentes y surgido mares; cordilleras enteras se aplanaron y las fuerzas plutónicas alzaron otras montañas. Incluso…

Uno de los instrumentos de medida hizo un suave «pip». Bozaan volvió a consultar su pantalla.

—Siga, señor, se lo ruego —dijo Syomon.

—Incluso el eje del planeta varía de posición. El actual Polo Norte debió de ser Ecuador hará un millón de años.

—Nosotros estamos a mitad de camino, más o menos.

—Sí, es cierto.

—¿Qué pudo producir la alteración del eje planetario?

De nuevo sonó el «pip». Bozaan demoró la respuesta unos segundos.

—Tal vez un ajuste de órbitas entre los planetas de este sistema. Hay nueve en la actualidad, pero el décimo, situado entre el cuarto y el quinto, estalló hace varios millones de años. A la larga, la falta de atracción que provocó su pulverización en cientos de miles o millones de fragmentos, causó un desequilibrio en planetas más pequeños, como éste en que nos hallamos.

—Y el eje del mismo cambió de posición.

—Cierto. Por eso, si los seres del anterior estadio de civilización dejaron alguna huella, es posible que no la encontremos jamás.

—¿Por qué? —quiso saber Syomon.

Los «pips» se producían con cierta frecuencia, aumentando de ritmo insensiblemente, pero con seguridad.

—Las huellas de esa civilización deberán hallarse en el fondo de los mares —afirmó Bozaan.

—No es tan difícil llegar al fondo de un océano.

—No, claro, pero… ese océano reposa sobre un fondo sólido. En un millón, dos o diez de años, una cordillera se levantó, vomitando fuego; el fuego se apagó luego, la cordillera se hundió y surgió una

gran oquedad, que se llenó de agua. La civilización anterior quedó extinguida por la explosión de la cordillera.

—Lo cual significa que, si hay un rastro, está a decenas de miles de metros bajo agua y tierra.

—Exactamente.

El «pip» sonó una vez más. Entonces, Syomon vio a Neba que se acercaba a ellos.

Era una joven alta y delgada, de formas esbeltas, ojos casi amarillos y cabellos oscuros. Su vestimenta era sencilla y práctica, sin que en su confección se hubiese olvidado hacer resaltar la figura de la joven.

—Creo que estamos alcanzando resultados —dijo Neba.

Ignoró a Syomon. Como si no existiera.

«Si de ella hubiese dependido, yo no habría formado parte en esta Expedición Investigadora», se dijo el joven con amargura.

Únicamente su sólida preparación científica y la vastedad de sus conocimientos, que le habían hecho alcanzar el grado de 4.º Investigador, a la edad en que otros no habían llegado aún al 7.º, habían inducido a Bozaan a incluirle en el grupo.

Pero Syomon no pertenecía a la clase de Neba. Neba era hija, nieta y biznieta de Primeros Investigadores. Durante siglos, no se podía encontrar un solo antepasado de Neba que no hubiese poseído ese grado.

Y Syomon era el primero de su familia que adoptaba la profesión.

La diferencia, era, pues, patente.

—¿Qué indicios hay? —preguntó Bozaan.

—Actividad orgánica.

—¿Viva?

—Latente, por lo menos.

Bozaan hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Acompáñame, Syomon. Neba, dame tu brazo.

Bozaan se movía ya con dificultad. Los años pesaban en sus piernas.

—Si la actividad orgánica latente pertenece a una forma de vida con inteligencia, no debemos alterar su actual estado —dijo Syomon.

—Se hará lo que más convenga. —Neba habló con sequedad.

Syomon no pudo contener un sarcasmo.

—También dijiste lo mismo cuando fuimos a entrar en aquella selva, Neba.

Ella se volvió. Sus ojos llamearon con furia.

—Si se hubieran seguido mis indicaciones, la habríamos arrasado —exclamó.

—¿Con qué medios? —preguntó Syomon, sin dejar de sonreír.

Neba calló.

No tenía argumentos para responder a las palabras del joven.

—En mis largos años de Investigador —manifestó Bozaan pensativamente—, jamás me tropecé con un fenómeno semejante.

—Lo raro del caso es que, en apariencia, era una selva normal, sin apenas nada que la diferenciase de las otras que hemos encontrado en este planeta —comentó Syomon—. Profusión de árboles, flores por todas partes, agua en abundancia, animales y aves de todas clases…

—Excepto bípedos —añadió Neba.

—No lo sabemos; no pudimos franquear sus límites.

—Los habríamos visto, de existir —afirmó Neba—. Hay animales bípedos, o que se sostienen, en ocasiones, sobre dos pies, en el resto del planeta. ¿Por qué no en esa selva?

—Será mejor que dejemos esta discusión para otro rato —cortó Bozaan—. Veamos ahora qué sale de ese hoyo que han estado cavando los demás.

Segundos después, se acercaban al hoyo. Uno de los investigadores informó:

—Las señales de vida latente se acentúan, señor.

CAPÍTULO II

Las últimas paletadas de tierra fueren arrojadas a un lado.

Naturalmente, los investigadores disponían de medios perfeccionadísimos para excavar la tierra, sin necesidad siquiera de utilizar las manos. Pero en los últimos momentos de cada investigación, era preciso recurrir al trabajo personal.

Una larga caja metálica apareció ante los ojos de todos los presentes. Mediría unos dos metros de largo, por uno de ancho y algo menos de grueso. El metal aparecía oxidado en algunos puntos.

—Levantad la tapa —ordenó Bozaan.

La tapa fue apartada después de algunos esfuerzos. Apareció una cubierta de cristal.

Debajo del cristal se veía la figura de una persona. Una mujer.

Un escalofrío de emoción sacudió a todos los presentes.

Era una mujer bellísima. Parecía dormida.

Resultaba increíble que un cuerpo humano hubiese podido permanecer en aquel lugar durante decenas de siglos, tal vez centenares.

El cuerpo de la mujer estaba cubierto por unas vestiduras que sólo dejaban al descubierto sus manos y pies. Su cabeza, rodeada por una dorada aureola de cabellos rubios, aparecía apoyada sobre un cojín de color rojo.

La ronca voz del Primer Investigador rompió el silencio estuporoso en que habían caído todos los presentes.

—Éste es el descubrimiento más sensacional que hemos hecho en cientos de años —dijo.

—Nuestros informes producirán asombro cuando regresemos —expresó Neba.

—Bueno —dijo Syomon—, yo creo que no es para tanto. A fin

de cuentas, la técnica de la conservación del cuerpo humano no es privativa sólo de nuestro mundo. Ni tan difícil, por otra parte.

—Su espíritu iconoclasta me desagrada —manifestó Neba en tono hiriente.

—¿Esperar la verdad es ser iconoclasta? —exclamó Syomon, sin perder la sonrisa.

—El Consejo de Investigadores debía estar durmiendo cuando le aceptó a usted.

Syomon continuaba sonriendo.

—Tal vez —admitió, mirando a Bozaan.

Neba comprendió la alusión y enrojeció.

—Le ruego me dispense, señor —se excusó mirando al anciano.

Bozaan hizo un gesto con la mano.

—Déjense de discusiones —contestó—. Hay que sacar a esa joven de donde está. Tenemos que hacerla revivir; debe de hallarse en estado de hibernación, y seguramente despertará cuando le apliquemos los estimulantes apropiados.

—¿Hibernación durante un millón de años? —dudó Syomon—. No hay organismo complejo que lo soporte. Solamente algunas formas inferiores de vida, esporas en el interior de meteoritos, por ejemplo, sobreviven a un larguísimo período de tiempo en inactividad, pero una forma superior de vida, humana e inteligente…

Neba se enfureció.

—¡Señor! —Se dirigió a Bozaan—. Si este descreído continúa haciendo semejantes manifestaciones, me veré obligada a pedirle que lo confirme en nuestra nave hasta el regreso.

—Está bien —dijo Syomon, disgustado—. Me iré. Pero si se me permite expresar mi opinión…

—No se le permite —cortó Neba con sequedad—. Si ha de marcharse, lo mejor será que lo haga cuanto antes.

Syomon la miró la arriba abajo con tal insolencia, que la hizo enrojecer.

—El ser hija de un Primer Investigador no siempre es garantía de discreción y buen juicio —replicó secamente.

Y se marchó, antes de que ella tuviese tiempo de replicarle.

Hubo un momento de silencio. Los demás Investigadores estaban perplejos y asombrados por la desafiante actitud del joven.

El prestigio de Neba era tal que, ni el propio Bozaan se atrevía a contradecirle. Ahora, un advenedizo, un recién llegado, se atrevía a insultarla de un modo, que resultaba inimaginable para todos ellos.

Cuando regresaran de la expedición, Syomon sería expulsado seguramente de la Liga de Investigadores.

—Bien —habló Bozaan al cabo—, abramos la tapa.

Triff, 2.º Investigador, sacó un instrumento que parecía un soplete en forma de pistola. Enfocando la boca de la herramienta hacia el vidrio, la movió, siguiendo los bordes de la caja.

No pareció que ocurriese nada. Pero, al cabo de unos minutos, Smiss, 3.er. Investigador, aplicó al vidrio una especie de ventosa y lo levantó fácilmente.

El cuerpo de la doncella quedó al descubierto.

Bozaan dijo:

—Neba, ¿quieres traer una dosis preparatoria de revitalización? Hemos de actuar con sumo cuidado, a fin de no despertarla de modo tan brusco, que pueda sufrir perturbaciones mentales.

La muchacha vaciló. No le agradaba ser mandada.

¿Acaso no estaban allí Owin, 5.º Investigador, y Karm, 7.º Investigador, individuos situados a una escala mucho más baja que la suya?

—¿Neba?

—Sí, señor —contestó ella dominando su furia.

Sólo el pensamiento de la venerable ancianidad de Bozaan contuvo una áspera respuesta negativa.

Caminó hacia la nave que les había traído hasta allí, situada a unos mil metros de distancia. Al pasar por la arboleda donde tenían instalado el campamento, miró instintivamente hacia allí.

Syomon no estaba en el campamento. El despecho que sentía no disminuyó.

Tomó del campamento un propulsor y se elevó unos metros sobre el suelo. El aparato la llevó junto a la nave en contados segundos.

Mientras tanto, Bozaan y el resto de los investigadores hacían cábalas y suposiciones acerca de la mujer que yacía en el interior de la caja.

De repente, vieron que el color de la piel se tornaba más oscuro, casi ceniciento.

—¿Qué sucede? —gritó Karm.

Todo ocurrió en unos segundos. Fue una transformación increíble.

La joven se convirtió en un puñado de ceniza gris. Una ráfaga de viento llegó y sacó fuera parte de la ceniza. Algunos de los presentes estornudaron.

—¡Recoger pronto toda la ceniza que podáis! —gritó Bozaan—. ¡Es preciso reconstruir a esa mujer! Con unas cuantas partículas, tendremos más que suficiente.

Owin y Karm se precipitaron a cumplir las órdenes del anciano. Con unas pequeñas paletas, recogieron cuanto pudieron de los restos de la doncella y colocaron las cenizas en una bolsita de plástico, que cerraron y sellaron con gran cuidado.

—Al laboratorio de reconstrucción corporal, pronto —ordenó Bozaan.

Owin y Karm corrieron hacia el campamento. Tomaron sus respectivos propulsores y se elevaron en el aire, dirigiéndose hacia la nave a la mayor velocidad posible.

Neba se encontró con ellos en el momento que salía con la cajita que contenía la dosis revitalizadora.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, alarmada por la actitud de los dos Investigadores.

—La mujer se ha convertido en polvo —dijo Owin. Levantó la bolsita en alto—. Esto es todo lo que queda de ella.

Neba abrió la boca de par en par.

—¡Gran Galaxia! —exclamó.

—Vamos a tratar de reconstruirla —añadió Karm—. Son las órdenes de Bozaan.

En aquel instante, Neba se acordó de las palabras de Syomon.

Era imposible que una persona pudiese vivir en hibernación durante un millón de años.

Tal vez consiguiesen reconstruir el cuerpo de la doncella, pero… ¿recobrarían su mente?

De pronto, pese a la antipatía que sentía hacia él, Neba sintió el vivísimo deseo de hablar con Syomon.

La nave era enorme, capaz de albergar cómodamente un millar de personas y mantenerlas durante decenas de años en el espacio, sin regresar a la base.

Los Investigadores, en realidad, eran pocos; no llegarían a las dos docenas. Pero estaban acompañados siempre por una cohorte de auxiliares: astronautas, científicos, médicos, químicos, arqueólogos y especialistas de todo género.

Dentro de la nave había una sala de control de propulsores individuales. Dejando en cualquier parte la caja que tenía en las manos, Neba caminó hacia dicha sala.

Syomon no se hallaba en el campamento. El control le indicaría hacia dónde se había dirigido.

Abrió la puerta. Al verla, el especialista de turno se puso en pie respetuosamente.

—Estoy a sus órdenes —dijo.

—Necesito una información —pidió Neba en tono imperativo.

—Por supuesto —contestó el hombre—. ¿De qué se trata?

—4.º Investigador Syomon —declaró ella—. Quiero saber hacia dónde se ha dirigido con su propulsor individual.

El hombre consultó un instante los instrumentos de su tablero.

—Está en las proximidades de la selva prohibida —dijo al cabo.

Neba giró bruscamente y salió de la estancia sin dar las gracias siquiera.

El hombre escupió.

—¡Orgullosa estúpida! —masculló con desprecio.

* * *

Algo detuvo el avance de Syomon.

No lo veía, no lo tocaba y, sin embargo, era un obstáculo poderosísimo, que le impedía dar un paso.

Estaba a cosa de un kilómetro del lindero de la selva. Ninguno de los presentes había podido avanzar más.

Nadie podía explicarse aquel raro fenómeno. En apariencia, era una selva como otras muchas, salvo que reinaba en ella una paz y una tranquilidad inefables, que no se podían describir con palabras.

Un arroyo murmurante corría a pocos pasos del joven. Hubiera querido beber de sus aguas frescas y cristalinas, pero le resultó imposible.

El obstáculo invisible no se notaba hasta que se habían penetrado unos quinientos metros en la selva. Poco a poco, la

dificultad en el caminar se hizo más patente, hasta que resultaba imposible dar un paso.

Era como luchar contra un muro invisible, pero elástico, que, poco a poco, sin embargo, iba perdiendo su elasticidad hasta que se convertía en tan sólido y duro como la más dura y sólida de las rocas.

Retrocedió unos pasos. La presión sobre su pecho se atenuó.

Pero el muro invisible seguía rechazándole hacia fuera.

De repente, sin saber por qué, recordó uno de los artículos de la Ley de los Investigadores. Era de los más importantes, si no el más importante de todos.

> *Todo Investigador se abstendrá de realizar acción alguna en un planeta en el que la vida inteligente esté a punto de surgir, cualquiera que sea la forma que esa vida pueda adoptar. El o los Investigadores abandonarán inmediatamente dicho planeta, a fin de que tal vida inteligente se construya y edifique por sí misma, con arreglo a sus peculiares circunstancias personales y ecológicas, absteniéndose en absoluto de realizar la menor acción tendente a modificar el progreso de esa vida, incluso en el caso de que se quisiera facilitar dicho progreso.*

Y todos los síntomas que habían recogido durante las investigaciones señalaban que la vida inteligente estaba a punto de surgir en aquel planeta.

Debían abandonarlo; era la ley y no podían desobedecerla.

El hallazgo de la mujer provocaría, seguramente, una reunión de Investigadores. Propondría la marcha del planeta en esa reunión.

Lo único que sentía era no poder conocer el misterio de aquella extraña fuerza qué le repelía suave pero firmemente hacia el exterior de la selva, impidiéndole continuar más adelante.

De pronto, oyó una voz femenina que pronunciaba su nombre.

—¡Syomon!

El joven volvió la cabeza.

Era Neba.

CAPÍTULO III

Neba venía suspendida de su propulsor individual, que la transportaba a pocos metros del suelo, con singular facilidad. La joven aterrizó a dos pasos de él y soltó la mano izquierda del aparato, que quedó suspendido en el aire.

—Deseo hablarte expresó ella con altanería, tuteándole por primera vez.

—Por supuesto, Neba. ¿De qué se trata?

—La doncella que encontramos en la caja de vidrio se ha convertido en un montón de cenizas al contacto con el aire.

—¡Ah! —exclamó él.

Neba frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con ese «Ah»? —inquirió malhumorada.

—Bien, advertí que podría pasar algo por el estilo. No de un modo explícito, pero…

—¿Cómo lo adivinaste?

—Yo no lo adiviné. Deduje, simplemente.

—Explícate —pidió ella.

—Bien: según Bozaan, entre la última etapa de civilización y la presente han transcurrido alrededor de un millón de años. Pueden ser diez o sólo doscientos mil; la cifra fluctúa demasiado para que, incluso con ayuda de nuestros aparatos más perfeccionados, determinarla de una manera concreta.

—¿Y…?

—En ese espacio de tiempo, hasta las más pequeñas y, llamémoslas así, neutrales, partículas de tierra, se transforman por completo. ¿Cómo no va a acusar un cuerpo humano los efectos del paso de los años, por muy bien conservado y aislado que esté?

—Pero se hallaba dentro de una caja…

—En tal caso, el aislamiento cesó al levantar la tapa.

—Lo ordenó Bozaan.

—Es Primer Investigador. Debe suponerse que sabe hacer las cosas bien —manifestó Syomon con mordacidad en su voz.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme? —preguntó ella en tono despegado.

—¿Puedo añadir algo más? —respondió Syomon, sin dejar de sonreír.

Neba calló un instante.

—Bozaan ha dado orden de reconstruirla —dijo al cabo.

—Resultará interesante, en efecto —convino él.

De pronto, un pájaro aleteó en las cercanías de la pareja y terminó por posarse en el hombro de la joven. Era totalmente blanco y medía palmo y medio de la cabeza a las plumas de la cola. Las líneas de su cuerpo poseían una gracia singular.

Syomon alargó la mano y tomó el pájaro, que emitió unos suaves sonidos de complacencia. Acarició un poco su blanco plumaje y luego lo arrojó al aire.

El pájaro aleteó jubilosamente y luego se perdió hacia el interior de la selva.

—Es curioso —observó Syomon—. Nosotros no podemos seguir más adelante de ciertos límites. Pero los animales que viven en esta selva van y vienen con toda facilidad.

—¿Por qué será eso? —preguntó ella.

—Traeré un día mis aparatos de medida —respondió el joven—. Trataré de investigar el fenómeno. Es posible…

Syomon miró hacia la selva, mientras se mordía el labio inferior.

—Sigue —invitó ella secamente.

—Es posible que esta selva encierre algún misterio, que nosotros no debemos conocer —terminó el joven la frase interrumpida.

—¿Por qué no? —exclamó Neba con su habitual petulancia—. Estamos aquí para investigar…

—Permíteme que te recuerde el Artículo Tercero de la Ley de los Investigadores —la interrumpió él.

—No hay pruebas concluyentes.

—Las hay —afirmó Syomon.

—En todo caso, convocaré una reunión de Investigadores para decidir lo pertinente.

—Estás en tu derecho —respondió Syomon.

Neba le miró fijamente durante unos segundos.

—No se ve demasiado en ti el espíritu de cooperación que debería apreciarse en un Investigador —dijo entre furiosa y despectiva.

—Tal vez porque soy un Investigador sin antecedentes familiares.

Neba captó la ironía y ello le irritó más.

—Sí, se nota que eres el primero de la… serie. Es un hecho que no se puede disimular.

—Nunca lo he intentado —sonrió Syomon.

Ella hubiese querido arañarle. Pero no podía.

Una fuerza desconocida se lo impedía, infundiéndole una paz extraña, singular, como nunca había sentido hasta entonces. La selva estaba llena de los ruidos naturales: susurro de las hojas movidas por el viento, sonidos de los animales que la poblaban y, sin embargo, parecía reinar en ella un silencio augusto, sobrenatural, que calmaba el ánimo y tonificaba el espíritu.

De pronto, un enorme animal surgió de la espesura y caminó en dirección a ellos. Tenía una cabeza de gran tamaño, envuelta casi por completo en unas enormes melenas de color oscuro y el color de su cuerpo parecía dorado. Poseía unos colmillos descomunales y unas zarpas capaces de abrir el vientre de un hombre de un solo golpe.

Neba se asustó. La fiera, sin embargo, se portó con inusitada mansedumbre y se acercó a la pareja, frotándose contra los costados del joven.

Al mismo tiempo, emitía un fuerte ronroneo. Agitó la cola un par de veces y luego se alejó con suave trote, perdiéndose en el interior de la selva.

—Los animales pueden entrar y nosotros no. ¿Por qué? —exclamó Neba.

—Tenía entendido que, en este momento, lo que más te interesaba era el misterio de la joven que apareció encerrada en la caja —manifestó él, con una sonrisa.

—Tienes razón —dijo Neba—. Regresemos.

Los dos jóvenes levantaron a una los brazos y asieron sus respectivos propulsores individuales, que flotaban en el aire a un

palmo de sus cabezas. No era preciso sujetarse a ellos con correas ni adaptar asientos que colgasen de su estructura.

Bastaba agarrar el mango del aparato, acomodado anatómicamente a la forma de cada mano, y presionar el botón de puesta en marcha, para que el propulsor, formando un campo antigravitatorio que suprimía su peso casi en absoluto, los levantase del suelo. Los restantes dedos de la mano servían para guiar el aparto en la dirección y con la velocidad deseadas.

Salieron de la selva, desplazándose a pocos metros del suelo. La nave se hallaba a varios kilómetros de distancia.

La velocidad era moderada; apenas el doble de la de una persona al paso.

—¿Cuándo se celebrará la reunión? —preguntó él, un cuarto de hora más tarde.

—Hablaré con Bozaan. Él fijará el momento y dispondrá la convocatoria.

—¿Antes o después de reconstruir el cuerpo de la joven?

Neba hizo un gesto ambiguo con la mano libre. Syomon no quiso insistir.

Transcurrieron unos minutos más. Ahora volaban sobre un terreno casi despejado, aunque cubierto de abundante hierba. Un arroyo de aguas claras y frescas atravesaba la llanura.

La nave se hallaba al otro lado de unas colinas distantes. Tardarían media hora en alcanzarla. Podían hacerlo en menos tiempo, pero no tenían prisa.

De pronto, Neba lanzó un grito y cayó al suelo.

—¡Eh! ¿Qué te suce…?

Syomon no tuvo tiempo de completar su pregunta. De modo tan repentino como la muchacha, se vio rodando por la hierba.

El joven sacudió la cabeza. Por suerte, la altura y la velocidad no eran excesivas, lo cual evitó peores consecuencias del golpe.

Se puso en pie y miró en torno suyo, desconcertado. Neba estaba sentada en el suelo, frotándose un tobillo con gesto dolorido.

—¿Qué te sucede? —preguntó él, arrodillándose a su lado.

—Me gustaría más saber qué ha sucedido con los propulsores —contestó la joven con mal humor—. Es una pequeña torcedura sin importancia.

—Lo celebro —dijo Syomon, incorporándose de nuevo.

Los propulsores yacían por el suelo. Podían flotar grácilmente en el espacio y levantar una persona sin esfuerzo aparente, pero una vez parados, eran muy pesados.

Syomon se arrodilló junto al suyo y lo asió por el mango de sujeción, presionando el botón de funcionamiento, sin que el aparato se pusiera en marcha.

Repitió la misma operación con el de Neba, obteniendo idéntico resultado.

—¿Están estropeados? —preguntó ella, todavía sentada.

Syomon no contestó de momento.

Levantó la tapa de uno de los aparatos y examinó las conexiones de los circuitos antigravitatorios. Luego revisó los enlaces con la antena captadora de la fuerza impulsora.

—Todo está en orden —contestó minutos más tarde.

—¿Entonces…?

Syomon sacó de su bolsillo un tubo de dos centímetros de grueso y veinte de largo, rematado en una semiesfera transparente. Presionó un botón.

—Tampoco recibimos energía para luz —dijo.

—¿Cómo? —gritó Neba.

—Estamos tan civilizados que tenemos demasiadas comodidades —rezongó Syomon—. Hace tiempo presenté una memoria para adoptar baterías individuales a los propulsores y otros tipos de aparatos que no pueden estar conectados directamente a las centrales productoras de energía, pero me fue devuelta con un «No ha lugar» tajante.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con lo que nos pasa? —preguntó Neba, atónita.

—Sencillamente, que además de demasiada civilización, hay demasiado orgullo entre nosotros. Una central de fuerza es algo que no se detiene jamás, algo que, en teoría, y hasta ahora en la práctica, no puede averiarse.

—El promedio averiguado de averías posibles es de una entre veintitrés millones, aproximadamente —declaró Neba con orgullo.

—Pues a nosotros nos ha tocado ésa una entre veintitrés millones —rezongó Syomon de mal talante.

—Imposible —exclamó Neba.

—Los propulsores no funcionan. La linterna no da luz. ¿Quieres

decirme a qué otra causa puede deberse?

Los ojos de Neba despidieron chispas.

—Me parece que debieras tratarme con algo más de respeto, Syomon —dijo en tono glacial.

—Los tratamientos importan poco ahora —gruñó él—. Más importante es la paralización de la planta de fuerza de la nave.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó la joven atónita—. Eso es…

—No pronuncies jamás la palabra imposible en las cosas de los humanos —le atajó Syomon—. Todo es posible entre nosotros, dentro de los angostos límites que nos movemos.

—El espacio es nuestro.

Syomon sonrió.

—Has pronunciado la misma frase que otros muchos, que luego se dieron cuenta del trágico error que cometieron —dijo—. Pero cuando lo advirtieron, era demasiado tarde ya. ¡Ojalá no lo sea para nosotros!

Neba se amedrentó por primera vez.

—¿Tratas de… de sugerirme que… que si la planta de energía está averiada no podremos irnos de este planeta?

—Todavía no sabemos en qué consiste la avería —declaró él—, de modo que toda especulación al respecto es prematura. Bien, la distancia a la nave no es excesiva, de modo que, a pie, llegaremos en menos de una hora.

—Ayúdame —pidió Neba, tendiéndole una mano.

Syomon la miró y sonrió.

—¿No temes el contacto de un 4.º Investigador? —preguntó.

—Ya me levantará yo sola —respondió ella de mal talante.

Se puso en pie, pero, un instante después, lanzaba un grito de dolor y caía al suelo.

—Me parece que la torcedura de tobillo es más seria de lo que tú creías —dijo Syomon—. ¿Qué harás si no puedes caminar?

Neba le miró en silencio, con aire desafiante. Syomon sonrió.

—Te llevaré en brazos, Neba.

—No podrás —le desafió ella.

—¿Por qué no? —Syomon arqueó las cejas.

—Soy muy pesada, Syomon.

El joven sonrió.

—Antes hablé de un exceso de civilización —dijo—. Uno de los

defectos de la misma es la escasa o nula utilización de los músculos, suplantados por toda clase de máquinas… incluso las que ayudan a la masticación…

—¡Exagerado! ¡Esas máquinas no existen! —protestó Neba.

—Yo las he visto. Algunos sibaritas ordenaron construirlas para ellos, con objeto de evitar dolores en los músculos que mueven las mandíbulas. Esos individuos apenas si pueden soportar en la mano el peso de una simple cuchara… y aunque, evidentemente, se trata de casos aislados, no cabe la menor duda de que nuestro supermaquinismo está en trance de atrofiar los músculos humanos. No los míos, por supuesto.

Se inclinó sobre la joven y la levantó con notable facilidad, lo que causó a Neba gran asombro.

—Aparte de la inteligencia, por supuesto, la fuerza física es uno de los dones más preciosos que recibió el hombre de su Supremo Creador —dijo—. Y yo trato de cultivar una y otra al mismo tiempo.

—Se ve que has obtenido buenos resultados —convino Neba con aspereza, al tiempo que Syomon emprendía la marcha hacia la nave.

CAPÍTULO IV

Cuando llegaron a las inmediaciones de la nave, se encontraron con un espectáculo singular.

Varios cuerpos humanos yacían por tierra en posturas retorcidas. Una docena de individuos se hallaban en las inmediaciones de la escala de acceso a la nave, armados con fusiles radiantes.

Como protección adicional para posibles encuentros con formas de vidas hostiles, la nave llevaba una sección de soldados de protección, al mando de un oficial, el capitán Dorin. El teniente Suu era su segundo en el mando y salió al encuentro de la pareja.

Syomon observó los efectos de los fusiles radiantes en los cuerpos que yacían tendidos por el suelo.

Los negruzcos orificios causados por las descargas en los cuerpos humanos presentaban un aspecto horrible.

—¿Qué ha pasado, teniente? —preguntó.

Suu le contempló con irritación.

—Siempre dijimos que los Investigadores constituían una maldita casta que era preciso extirpar como un cáncer maligno —contestó, a la vez que les apuntaba con su fusil—. Quedan arrestados los dos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha sucedido aquí?

El rostro del oficial estaba convulsionado por el odio.

—¿Qué ha sucedido? —repitió con una agria carcajada—. Mire esos cuerpos. ¿Reconoce a algunos de ellos?

Estaban Yanez, Smiss y Owin, entre otros miembros de la tripulación. Todos muertos.

—Alguien se volvió loco, no sé por qué —declaró Suu, dominándose difícilmente—. Bozaan llamó al capitán Dorin para mantener el orden, pero el loco abrió la cabeza de Dorin. Tuvimos

que reducir al loco a viva fuerza…

—Lo que significa que le mataron, sin averiguar siquiera la causa de su demencia —exclamó el joven en tono duro.

—Exactamente. Ninguno de los llamados queríamos correr la suerte de nuestro capitán.

—¿Y esos cadáveres?

—Se produjo un motín. Tres Investigadores murieron. Otros más, que no pertenecen a su podrida casta, también murieron.

—¿Y Bozaan?

—Arrestado y desposeído del mando. Ahora lo ostento yo —declaró el teniente Suu con orgullo en su voz.

Neba no se atrevía a hablar. Para ella, la situación era tan nueva —una evidente revulsión de todo el sistema establecido— que no acababa de captar bien todas las consecuencias de lo sucedido.

—¡Magnifico! —aprobó el joven—. Le felicito por su decisión en el actuar. Y, dígame, ¿cuáles son sus planes para el futuro?

—Mantenerles a todos en sus camarotes, encerrados con guardias de vista, hasta que lleguemos a nuestro mundo.

—¿Y después?

—Emitiré un informe completo de lo sucedido.

—A la Liga de Investigadores, por supuesto.

—¡Tonterías! Mi informe será dirigido al comandante en jefe de las fuerzas armadas. ¡No quiero saber nada con los Investigadores! —chilló el joven oficial, que parecía al borde de la congestión.

Las fuerzas armadas habían gobernado antaño su mundo. Poco a poco, los Investigadores habían ido desplazando a los militares, hasta sustituirlos por completo en el gobierno. Algunos de ellos se sentían resentidos todavía… Suu era una muestra viviente de ello.

—¿Dará orden de matarnos? —preguntó.

—No, y no será por falta de ganas. —Suu les miró de arriba abajo—. Ustedes estaban fuera cuando se produjo el motín; ésa es su suerte.

—Suu —dijo Neba suavemente—, cuando regresemos, haré que le fusilen.

Suu la miró con aire despectivo.

—Si llega usted —contestó.

—Syomon —preguntó la joven—. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Resignarme ante la fuerza de las armas —contestó él con toda

tranquilidad—. No me gusta navegar a contracorriente.

—Es un modo de pensar que apruebo —declaró Suu.

—Gracias, teniente. Y ahora, dígame, ¿cómo piensa emprender el regreso?

Suu se quedó cortado un instante.

—Reparando la avería de la central de fuerza, por supuesto.

—¿Quién lo hará?

Un pesado silencio se desplomó sobre el ambiente.

—Hay cientos de especialistas en la nave…

La voz de Suu tenía una nota de inseguridad, que Syomon y Neba no dejaron de captar.

—Sí, es cierto —convino el joven—. Pero ¿cuántos de esos especialistas conocen el funcionamiento de una planta de fuerza?

—¡De modo que pretende coaccionarme! —chilló Suu.

De repente, dio un paso atrás y les apuntó con el rifle radiante.

—¡Usted reparará ésa avería! —ordenó—. Les mataré si no lo hace; una sola descarga bastará para ambos.

Los soldados permanecían en silencio, con los fusiles preparados.

—Igual podría encomendar esa labor a uno de los Investigadores supervivientes —manifestó Syomon.

—Ninguno de ellos ha querido hacerlo.

—¿Y cree que yo lo haré?

—¡Sí! ¡Le mataré…!

Syomon se dio cuenta de que, por alguna razón desconocida para él, Suu se encontraba muy alterado, demasiado tal vez.

—Antes dijo que se resignaría ante la fuerza de las armas —agregó el oficial.

—Está bien, lo haré.

—¡No! —protestó Neba—. Que deponga primero su actitud…

—Su rango no le servirá para nada si disparo mi fusil —chilló Suu.

—Será mejor que nos calmemos todos un poco —dijo Syomon sin inmutarse—. Con gritos e improperios no arreglaremos nada.

Suu movió el fusil.

—Suban a la nave —ordenó—. Lleve a la dama a su camarote y trate luego de reparar la planta de fuerza.

—De acuerdo.

Pasando por en medio de la doble fila de soldados, Syomon,

quien continuaba llevando a Neba todavía en brazos, se dirigió hacia la escalera mecánica, que aparecía ahora parada, al faltar por completo el suministro de energía.

Entraron en la nave. Dado que los ascensores y cintas de transporte no funcionaban, les costó un tiempo extra llegar hasta el camarote de la joven, lujosamente acondicionado. Syomon la depositó sobre un diván, en el momento en que un hombre de mediana edad y aspecto bonachón, penetraba en la estancia.

—Hola —saludó el doctor Kro, médico jefe de la expedición—. Me dijeron que Neba venía herida.

—Sólo se trata de una torcedura de tobillo —informó el joven—. Doctor, ¿qué ha pasado aquí? ¿Por qué se han producido esas muertes? ¿Quién se sublevó?

Kro se encogió de hombros.

—No me lo pregunte. Yo estaba realizando unos análisis en mi laboratorio, cuando empezó todo el jaleo. No tuve tiempo de intervenir; ya había terminado todo cuando me di cuenta de lo que sucedía.

—Pero ¿quién empezó?

—Y, ¿cómo decírselo, si ni yo mismo lo sé? —rezongó el médico —. Vaya a ver Uffar, el ingeniero jefe. Tal vez él sepa algo… a fin de cuentas, es el responsable de la central de fuerza, ¿no?

Syomon miró a Neba. Detenida la central de fuerza, la nave era un cuerpo muerto… sordo, mudo y ciego. Todo funcionaba eléctricamente; no había ni un solo mando manual… ni siquiera nada parecido a un abrelatas. Incluso las palas con que habían desenterrado la caja que contenía el cuerpo de la doncella eran movidas por energía eléctrica.

Y la nave media mil metros de largo, por doscientos de ancho y otro tanto de grosor. La red de comunicaciones estaba totalmente paralizada.

La situación no podía ser más crítica.

Una nave muerta y un puñado de locos amotinados.

¿Qué era lo que había provocado aquella repentina catástrofe?

—Está bien —dijo el joven—. Iré a ver a Uffar.

El ingeniero jefe tenía su alojamiento a trescientos metros de distancia y a nueva niveles por encima del de los Investigadores, no por diferencia de rango, sino debido a su profesión. Syomon tardó

su buena media hora en alcanzar el camarote de Uffar.

Llamó a la puerta. Uffar no contestó.

Syomon abrió. Uffar yacía muerto sobre su litera.

No había sido una muerte común. Alguien lo había degollado con un instrumento cortante.

Durante unos segundos, el joven permaneció inmóvil, abrumado por una sensación de desastre indescriptible. ¿A qué se debían aquellos hechos tan singulares?

Cerró la puerta en silencio. Una especie de sexto sentido le hizo volverse un segundo antes de que un sujeto descargase sobre él una cuchillada mortal.

Syomon saltó a un lado, esquivando por milímetros el golpe dirigido a su pecho. Levantó la mano izquierda, asió la muñeca armada y luego disparó el puño derecho contra la mandíbula de su atacante.

El individuo se desplomó, fulminado por el golpe. Más que nunca, en aquellos instantes, se felicitó de haber realizado durante años ejercicios gimnásticos.

El cultivo del músculo era despreciado en el mundo de donde procedía. Se propendía a ejercitar la inteligencia antes que la fuerza corporal. De otro modo, no habría podido abatir a aquel loco con tanta facilidad.

Porque no le cabía la menor duda: una extraña forma de locura se había posesionado de las mentes de algunos de los tripulantes.

Por la misma razón que se detestaba el uso de la fuerza, los crímenes eran casi desconocidos entre ellos. Y, sin embargo, en el espacio de unas pocas horas, se habían producido ya casi una docena de muertes.

Más de las que Syomon había conocido en el transcurso de sus cuarenta y seis años de existencia.

Recogió el cuchillo y se lo guardó en el cinturón. Luego descendió por las escaleras que conducían a los niveles inferiores.

Caminó luego por un corredor suspendido en el aire. Al fin llegó a una puerta, cuyos bordes estaban pintados en rojo.

En el centro de la puerta había un rótulo significativo.

Central de Energía
Prohibida la entrada a los

no especialistas

CAPÍTULO V

La prohibición no rezaba con los Investigadores.

Por razón de su cargo, un Investigador tenía paso franco a los lugares donde el común de la gente no podía entrar.

Sólo un investigador de rango superior al suyo habría podido impedirle entrar en la central de energía.

Y el teniente Suu lo había dicho bien claro: Bozaan y los demás Investigadores supervivientes estaban bajo arresto.

Él era el único libre. Prácticamente, dueño de la nave, incluso por encima de su comandante.

—Por cierto, ¿dónde estaba el capitán Versel?

Si le hubieran hecho caso y se hubiesen adoptado las pilas para algunos instrumentos portátiles…

Pero no, su proposición había sido desestimada con toda cortesía, bajo el argumento de que la planta de fuerza de una espacionave suministraba toda la energía necesaria, irradiándola incluso.

Jamás se había producido una avería… hasta aquel momento.

Sacudió la cabeza. De nada servía enfrentarse con hipotéticos reproches. Era preciso dar la cara al presente.

La puerta no estaba cerrada. En realidad, no hacía falta porque, ¿quién iba a entrar en aquel lugar poco menos que sagrado? La disciplina era severísima y, además, no era un sitio que llamase especialmente la atención.

Cruzó el umbral.

La planta de fuerza se hallaba al otro lado del mamparo que tenía frente a sí, total y absolutamente aislada por sucesivas capas de blindaje del resto de la nave.

Poner en marcha un aparato como aquél era sencillo: bastaba

con mover la palanca con puño rojo que había a metro y medio del suelo.

Esto se hacía cuando una nave debía partir para algún vuelo espacial. Hasta el regreso, la palanca permanecía siempre bajada.

Era lo único que había en aquella reducida estancia, que más parecía un féretro puesto en posición vertical, dadas sus pequeñas dimensiones.

¡La palanca había desaparecido!

Syomon notó que una capa de sudor frío brotaba de su frente.

Se acercó al mamparo. No, la palanca había sido aserrada limpiamente a ras del mamparo.

El resto del brazo y la bola roja que servía de empuñadura habían desaparecido. Sólo quedaba un muñón metálico, cuyo brillo se le antojo siniestro al joven.

Estuvo así unos momentos. Luego reaccionando, abandonó la estancia y se dirigió a la cámara del Primer Investigador.

Había un soldado armado ante la puerta. El soldado levantó el fusil con gesto amenazador.

—No se puede pasar —manifestó en tono hostil.

—¿Por qué?

—Orden del teniente Suu, es todo lo que sé.

Syomon trató de mostrarse contemporizador.

—Usted sabe cuál es mi rango —dijo.

El soldado escupió en el suelo. Luego dijo algo obsceno.

—Esto es lo que pienso yo de los Investigadores. ¡Largo!

Syomon apretó los puños. «Calma», se aconsejó a sí mismo.

—Cada uno es libre de pensar como quiera —sonrió, a la vez que iniciaba un giro para marcharse.

Pero no lo hizo. Sabía que su gesto relajaría la actitud vigilante del soldado.

Se volvió de nuevo hacia el individuo, sorprendiéndole con su inesperada acción. Con la mano izquierda, levantó el cañón del fusil y con la derecha le golpeó en la mandíbula, lanzándolo contra la pared más próxima.

El fusil cayó al suelo. Syomon se apoderó del arma en el acto.

Esperó unos momentos. El soldado se incorporó con dificultad.

—Le costará caro —farfulló.

Syomon le dirigió una dura mirada.

—Vaya a ver al teniente Suu y dígale que yo, Syomon, 4.º Investigador, me hago cargo del mando de la nave. Hágalo así o le pesará.

El tono del joven no podía ser más resuelto. Amedrentado, el soldado obedeció y echó a correr.

Syomon abrió la puerta y penetró en el camarote. Bozaan estaba sentado en un sillón y le dirigió una mirada insegura.

—Señor, ¿qué ha sucedido aquí? —preguntó.

Bozaan parecía desmoralizado. Toda su experiencia de doscientos cincuenta años de existencia había desaparecido en un santiamén.

—No sé… no sé… —dijo anonadado.

—La palanca que pone en funcionamiento la central de energía ha sido aserrada. Vivimos en una nave muerta…

—Muerta… —repitió Bozaan.

Syomon apretó los labios. Era evidente que la locura se había apoderado de la mente del Primer Investigador.

En aquellos instantes, Bozaan era un cuerpo sin alma.

Sin soltar el fusil, abandonó la habitación.

Momentos después, entraba en la cámara de Neba. La muchacha le dirigió una mirada inquisitiva al verle aparecer.

—¿Qué has conseguido averiguar? —preguntó con avidez.

—La palanca de puesta en marcha ha sido aserrada a ras del mamparo.

—¡Gran Galaxia! —murmuró Neba, aterrada—. ¿Qué haremos ahora?

—La mayoría de los tripulantes están locos, de una forma u otra. Bozaan es, literalmente, un cuerpo con el cerebro muerto. No he visto a los demás Investigadores, pero…

Un ruido de pasos le interrumpió. La puerta se abrió de repente y el teniente Suu, seguido de un par de soldados, irrumpió en la estancia con gran violencia.

—¿Cómo se ha atrevido a quebrantar mis órdenes? —chilló el oficial, congestionado por la cólera.

Pero Syomon empezaba a hartarse ya. Antes de que Suu se diese cuenta de sus intenciones, se arrojó sobre él y lo lanzó al suelo de un par de puñetazos asestados con todas sus fuerzas.

Extendió luego la mano hacia los soldados.

—¡El comandante de la nave soy yo ahora —tronó— y ustedes me deben obediencia absoluta! ¡Salgan inmediatamente de aquí!

La actitud de los soldados demostró al joven que no todos los tripulantes estaban locos. Los dos hombres obedecieron sin rechistar y salieron en completo silencio.

Syomon cerró la puerta a continuación. El cuarto de la joven disponía de un lavabo contiguo, del que trajo un vaso con agua, que arrojó al rostro de Suu.

—Por suerte, el agua llega por gravedad simple —comentó, mientras el caído empezaba a removerse. Pocos momentos después, Suu se ponía en pie.

Sacudió la cabeza y miró a la pareja.

—Usted me golpeó —dijo.

—Y volveré a hacerlo, hasta que vuelva la razón a su cerebro —dijo el joven en tono duro.

Suu se pasó una mano por la frente.

—No sé qué me ha pasado —dijo—. Estaba aturdido… como poseído por un espíritu maligno que me hacía realizar cosas incluso en contra de mi voluntad… Le ruego me dispense de nuevo, señor.

—Está bien —contestó el joven—. Ahora, dígame, ¿cómo empezó todo?

—No lo sé con seguridad… Un Investigador pareció volverse loco y empezó a atacar a todo el que se tropezaba en el camino. Llevaba un objeto contundente en la mano y golpeó al capitán Versel, matándole… Uno de mis hombres se vio obligado a disparar contra él, pero antes el Investigador le arrojó unos polvos a la cara…

—¿Unos polvos? —se extrañó el joven.

—Así es; yo mismo le vi el rostro después. Tenía unas pequeñas manchas de color gris, que desaparecieron inmediatamente, cuando se lo indiqué. Bastó que se limpiase con un paño… pero luego aquel soldado se volvió loco y quiso matarme. Tuve que matarle yo también —concluyó Suu con voz sombría.

—Dorin y Versel muertos. Y Uffar, el ingeniero jefe, también —murmuró Syomon—. ¿Qué está pasando aquí?

—¡Uffar! —gritó Neba.

—Sí. Olvidé decírselo antes —declaró Syomon—. Alguien le cortó el cuello.

La joven se dejó caer hacia atrás, aturdida por la serie de noticias que acababa de escuchar.

—¿Qué está pasando aquí? —repitió con voz desfallecida.

—No lo sé —respondió el joven—, pero una cosa debemos hacer inmediatamente, por encima de todo: y es poner de nuevo en funcionamiento la planta de energía. Usted me acompañará, teniente.

—Sí, señor.

—¿Cómo piensas conseguirlo si la palanca ha sido aserrada? —preguntó Neba, irguiéndose de repente.

El joven miró en torno suyo y divisó una silla de patas metálicas a corta distancia.

Agarró el fusil y de un disparo cortó una de las patas. Era cilíndrica y estaba hueca.

—Creo que esto me servirá —dijo.

—Iré con ustedes —anunció Neba.

—Su tobillo… —objetó Syomon.

—El doctor Kro me lo curó —respondió ella.

—Bien, pero tenga en cuenta una cosa —dijo Syomon, mirándola a la cara—. Provisionalmente, y en tanto duran las actuales circunstancias, he tomado el mando de la nave. No hay otro Investigador capacitado…

—¿Y yo? —preguntó Neba, en tono retador.

—Su rango es mayor que el mío, cierto, pero usted está menos acostumbrada a hacer frente a situaciones difíciles —manifestó Syomon sin rodeos.

Ella abrió la boca, atónita por la franqueza de la respuesta. Pero no pudo decir nada, porque Syomon y Suu habían salido ya al pasillo.

El joven arrugó la nariz.

—La atmósfera está muy cargada —comentó.

—Como que no funcionan los acondicionadores de aire —respondió el teniente.

—Es verdad. —Syomon olisqueó el aire—. Pero flota un olor…

Meneó la cabeza. Eran demasiadas cosas extrañas las que estaban sucediendo en un solo día.

Poco después, llegaban a la cámara de la central de energía. Syomon utilizó la pata de la silla por la parte más ancha. Tras

algunos esfuerzos, consiguió que el muñón de la palanca se introdujese en el hueco de la pata.

Presionó con todas sus fuerzas, a fin de hacer difícil la extracción. Luego, ejerciendo una acción de palanca, movió la pata hacia arriba.

Sonó un leve chasquido. Una lamparita se iluminó instantáneamente sobre el dintel de la puerta.

—¡La central está en funcionamiento! —exclamó Neba.

—Así es —dijo Syomon—. Teniente, a partir de este momento pondrá dos hombres de guardia delante de esta puerta, con órdenes severísimas de disparar contra todo aquel que pretenda entrar en ella.

—Bien, señor.

—Ahora…

Syomon reflexionó durante algunos segundos.

Suu, ¿sabe usted dónde se produjo el primer incidente? Me refiero al originado por el Investigador que atacó al capitán Versel.

—Bien, señor… no aseguraría nada, porque yo me encontraba fuera de la nave en esos momentos, pero juraría que fue hacia el Laboratorio de Reconstrucción.

El joven contuvo una exclamación de sorpresa.

—¿Allí? ¿Y por qué en aquel lugar, precisamente?

—Lo ignoro, señor; es todo lo que puedo decirle.

Syomon reflexionó durante unos instantes.

—Está bien, cumpla mis órdenes en lo referente a la central de energía. Cualquier cosa extraordinaria que ocurra, comuníquemela en seguida.

—Sí, señor.

Syomon y Neba emprendieron la marcha hacia el Laboratorio de Reconstrucción. De nuevo en funcionamiento la planta de fuerza, pudieron utilizar ahora escaleras automáticas y ascensores, lo cual les proporcionó un ahorro considerable de tiempo.

Minutos después, entraban en el Laboratorio. Desde la puerta, detenidos por el asombro que sentían, contemplaron los enormes destrozos que se habían producido en la estancia.

—¡Gran Galaxia! —exclamó Neba—. ¿Qué ha sucedido aquí?

Había dos cuerpos humanos tendidos en el suelo. Eran otros tantos Investigadores, en cuyas facciones se había quedado impresa

la huella de una horrible agonía.

Los cuerpos no mostraban señales de violencia física. Pero era indudable que, aunque quizá sólo por unos segundos, habían sufrido horriblemente antes de morir.

De pronto, Syomon reparó en algo que le había pasado inadvertido hasta entonces: era la bolsa que había servido para contener las cenizas de la doncella.

¡La bolsa estaba completamente vacía!

CAPÍTULO VI

Al fondo de la estancia, que era de vastas proporciones, había una especie de caja alargada, del tamaño de una persona y de forma semicilíndrica, transparente por completo. Era la Unidad de Reconstrucción.

Las técnicas avanzadísimas les permitían reconstruir cualquier organismo viviente —animal o vegetal—, partiendo de un minúsculo fragmento de su cuerpo. Era evidente que los Investigadores habían llevado las cenizas de la joven a la caja, con ánimo de rehacer su cuerpo y, a ser posible también, su mente.

La caja estaba vacía también.

En medio de un desconcertado silencio, Syomon se acercó a la caja y contempló en su interior. Era un aparto demasiado grande para poder ser destruido como la mayoría de los otros que había en el laboratorio.

—¡Mire! —exclamó Neba de pronto—. Se ven huellas del cuerpo de la joven.

Era preciso fijarse mucho para advertirlo. Bajo la tapa semicilíndrica, forzando la vista, se divisaban unas líneas muy tenues que componían la silueta de un cuerpo femenino.

Parecía hecho de un cristal sin índice de refracción, tanta era la dificultad para captar la imagen.

—Podemos terminar de reconstruirla —exclamó Neba entusiasmada.

Syomon levantó la vista. La caja estaba unida al cuadro de mandos, un artefacto formidable, grande como un armario, por una red de gruesos cables, conductores de energía, unos, y de sustancias orgánicas, otros. No había ni uno solo de aquellos cables que no estuviese seccionado.

Y la fachada del aparato de control tenía las huellas de una docena de descargas radiantes.

—No podremos hacerlo —respondió en tono sombrío.

—¿Ha sido ella la causa de todo lo que ha ocurrido? —preguntó Neba, amedrentada.

—No lo sé. De momento, no se me ocurre ninguna explicación… salvo la única que no sirve ahora.

—¿Cuál es? —inquirió Neba.

—Que no debimos haber levantado la tapa de la caja en que yacía la doncella.

—Era nuestro deber…

Neba se calló. Presentía que el joven tenía razón.

—Solucionaremos este misterio y zarparemos en seguida —dijo él.

—Yo opino que debemos quedamos aquí. Este planeta está casi inexplorado.

—La vida inteligente está a punto de aparecer. Debemos cumplir con nuestras leyes.

De pronto, oyeron una voz en la entrada del laboratorio.

—Syomon.

Los dos jóvenes se volvieron a la vez.

—¡Karm! —exclamó el joven, corriendo hacia el recién llegado.

Se trataba de un hombre más joven aún, pues apenas contaba veintitrés años. Su rango en la escala de Investigadores era el 7.º, el más bajo.

Karm tenía la cara manchada de sangre ya seca. Su expresión indicaba que se encontraba muy deprimido.

Syomon le ayudó a sentarse en una silla.

—Tráigale un poco de agua, Neba —pidió el joven.

Neba obedeció. Dirigiéndose a una fuente que había adosada junto a una de las paredes del laboratorio, presionó un botón, lo cual dio como resultado la aparición, segundos después, de un vaso de agua.

Syomon sacó de su bolsillo un tubito, de cuyo interior extrajo una tableta. La arrojó dentro del líquido y entregó el vaso a Karm.

—Es un estimulante —dijo—. Dentro de unos momentos se sentirá mejor.

Karm agradeció el gesto con una desvaída sonrisa. Mientras

tanto, Neba buscaba algo para limpiarle la cara y desinfectar la grieta que el joven tenía en un lado de la sien izquierda.

—No sé exactamente lo que ocurrió —declaró Karm, al cabo de unos momentos, con voz turbia—. Estábamos preparando todo, para reconstruir a la joven, partiendo de unos gramos de sus cenizas cuando…

Hablaba con voz entrecortada, interrumpiéndose en ocasiones.

—Triff se volvió loco, furioso y nos atacó a Deamar y a mí. Yo escapé de milagro… Ni siquiera sé cómo llegué a mi cámara… Sentía unos lancinantes dolores de cabeza… demasiados para el golpe recibido. Supongo que he debido de permanecer inconsciente durante largo rato. Luego, me encontré despierto, con la mente embotada, pero bastante mejor. Vine aquí para saber lo que había pasado…

Syomon le escuchaba en silencio, mientras reflexionaba acerca de lo que oía.

—La locura ha afectado a la mayoría de todos nosotros —murmuró.

—A usted y a mí, no —dijo Neba—. Y al teniente Suu, muy poco.

—¿Por qué? —preguntó él, sin dirigirse a ninguno en particular.

—Usted y yo estábamos fuera. Y Suu también.

—Es verdad, aunque el teniente estuvo dentro de la nave durante algún tiempo.

Una horrible sospecha se infiltró en la mente de la joven.

—Syomon, es posible que sólo los que estuviesen dentro de la nave hayan sido afectados por esa extraña locura —declaró.

El joven la miró durante unos segundos.

—Eso significaría que el origen de la enfermedad está aquí dentro —dijo.

—Justamente.

Syomon volvió los ojos hacia el joven Investigador.

—Antes ha dicho que lo estaban preparando todo cuando Triff enloqueció.

—Sí —repuso Karm.

—¿Ocurrió algo de particular momentos antes de su ataque de demencia? Haga un esfuerzo por recordar, se lo suplico.

Karm calló durante unos instantes.

—No sé… Todo se desarrollaba con entereza y, de repente, Triff estalló…

—¿Qué ha sido de las cenizas de la joven?

—Estaban ahí.

—Ya no están, Karm. Han desaparecido.

Los ojos del joven expresaron sorpresa.

—Desaparecido —repitió como un autómata.

—Así es —habló Neba—. No queda el menor rastro de ellas.

—Karm, ¿fue Triff el primero en volverse loco?

—Sí, señor.

—Bien, voy a ver si compruebo una teoría que acaba de ocurrírseme —dijo Syomon, a la vez que se dirigía hacia un intercomunicador situado a corta distancia del lugar en que se hallaban.

Manejó la palanquita de control.

—Habla el 4.º Investigador Syomon —dijo—. Se requiere al teniente Suu para que se presente de inmediato en el Laboratorio de Reconstrucción, acompañado de seis soldados armados. Eso es todo.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó Neba.

—Ahora lo verás —contestó él.

En el lado opuesto se alzaba la mole de un perfeccionadísimo microscopio electrónico, capaz de lograr aumentos hasta de diez millones. En medio de aquel desorden, Syomon consiguió hallar unas tijeras, con las cuales cortó el saquete que había contenido las cenizas, de tal modo que lo redujo a una superficie plana, que extendió sobre una mesa.

Buscó luego una platina y una especie de rasqueta, la cual pasó por la superficie interna del saco extendido, frotándola luego contra la placa que había de ir al microscopio. Antes de que terminase la operación, entró Suu.

—Señor —dijo.

—Acérquese, teniente —pidió el joven—. ¿Recuerda usted que me dijo que uno de sus hombres había sido atacado por un Investigador, el cual le arrojó un poco de polvo gris a la cara?

—Sí, señor.

—¿Dónde está ese soldado?

—Muerto, señor —respondió Suu.

El joven se incorporó vivamente.

—¿Y su cadáver?

—En el exterior, señor; con todos los demás. Estamos esperando a tener cavada una fosa para enterrarlos a todos.

—Absténgase de sepultar a nadie hasta nueva orden —dispuso el joven—. Neba, haz el favor de llamar al doctor Kro.

—Sí, Syomon.

Mientras la muchacha cumplía la orden, Syomon habló de nuevo con Suu.

—Cuatro de sus hombres, que lleven estos cuerpos a una de las cámaras frigoríficas de la nave. Si es preciso, que saquen los alimentos contenidos en ella. Los otros dos, que vayan ordenando lo que puedan aquí, en el laboratorio.

Karm se puso en pie.

—Yo ayudaré. Me encuentro ya mejor.

—Gracias —respondió Syomon—. Suu, ¿qué noticias hay del resto de la tripulación?

—Ahora parece que todos se encuentran mejor —contestó el oficial.

Syomon reflexionó durante unos instantes.

—Ha habido un período de tiempo, a partir del momento en que se produjo el primer acceso de locura, durante el cual la nave careció de energía. Pero hasta que se detuvo la central, todo funcionaba a la perfección… incluso el sistema de renovación de aire.

—¿Qué es lo que sugieres? —exclamó Neba.

Syomon estaba disponiéndose a colocar la muestra obtenida bajo el visor del microscopio.

—Es posible que la enfermedad tenga su origen en las cenizas de la doncella. Quizá había en éstas, en estado latente, un germen desconocido para nosotros, que fue lo que provocó la enfermedad… ¡y que fue distribuido a través de la red de purificación de la atmósfera!

—¡Imposible! —exclamó Neba.

La mano de Syomon señaló una rejilla que había en el techo, sobre sus cabezas. La rejilla, de un metro cuadrado de superficie, con orificios muy pequeños, estaba dividida en dos mitades.

—Una nave como la nuestra —dijo— es demasiado grande para que pueda ventilarse por el simple procedimiento de abrir unas

cuantas escotillas. No dudo que, a la larga, pueda conseguirse, pero aun estando parados sobre la superficie de un planeta con atmósfera normal, los acondicionadores de aire siguen funcionando.

Buscó algo con la vista y no tardó en encontrarlo: un trozo de tejido, que colocó sobre un mechero, reduciéndolo a cenizas, que luego colocó sobre su mano.

Frotó las cenizas con la otra mano, a fin de quitarles la relativa rigidez que todavía poseían. Luego movió el brazo bruscamente hacia arriba.

Las cenizas fueron absorbidas por la ventanilla de aspiración de aire.

—¡Así fue esparcido el virus de la locura! —declaró con gesto dramático.

CAPÍTULO VII

Suu se hallaba aún en el laboratorio.

—Teniente —dijo Syomon, cuando Neba no se había recobrado aún de la impresión—, haga que recojan el cadáver del soldado atacado por el Investigador… Me refiero a aquél que recibió el puñado de polvos grises en la cara.

—Sí, señor.

—Los que se encarguen de esa labor deberán vestir trajes aislantes, dotados de unidad respiratoria total. Después que hayan traído los cuerpos aquí, pasarán a la cámara de descontaminación, bajo la vigilancia de uno de los ayudantes del doctor Kro.

—Ah, otra cosa. —Syomon consultó su reloj—. Hoy es demasiado tarde ya; el día se nos ha pasado volando con toda esta serie de incidentes. Haga que coloquen el cuerpo de ese desdichado en una caja herméticamente sellada y que lo guarden en el frigorífico.

Se volvió hacia Neba.

—Mañana realizaremos un exhaustivo análisis de su organismo. Ahora, sin embargo, haremos la primera prueba, que bien pudiera corroborar mis hipótesis. El teniente salió, en el momento en que entraba el doctor Kro.

—La gente ha mejorado casi por completo, Syomon —informó —. El estado de todos es prácticamente normal, salvo el del Primer Investigador.

Syomon meneó la cabeza.

—Bozaan tiene más de doscientos cincuenta años. Es posible que el virus haya afectado a su cerebro de una manera incurable — opinó.

—¡Cómo! —Respingó el médico—. ¿Un virus? ¡Pero… si todos

los infraorganismos de este planeta han sido catalogados y hallada la forma de combatirlos con eficacia!

—Todos, menos uno, doctor —terció Neba.

—Cuya forma vamos a ver ahora mismo… es decir, si nuestro microscopio tiene la suficiente potencia para conseguir el aumento deseado.

La muestra estaba ya en el lugar adecuado. Syomon se situó ante los mandos del microscopio y dio el contacto que ponía el aparato en funcionamiento.

El microscopio estaba conectado a una gran pantalla de televisión, de gran pureza de imagen. Syomon empezó por el mínimo de aumentos, sin conseguir que se viera otra cosa que la estructura de un diminuto fragmento de tejido del saquete, adherido a la platina.

Fue aumentando la potencia del aparato poco a poco. Durante unos minutos, no se divisó nada hasta que, de repente, apareció en la pantalla una forma globular de color gris brillante.

—Eso no se parece en nada a lo que yo conozco —dijo el médico, perplejo—. ¿A cuántos aumentos está el microscopio ahora?

—A doscientos cincuenta mil.

El glóbulo ocupaba ahora un espacio no superior al de una cabeza de alfiler. Syomon dobló la potencia.

El tamaño del glóbulo creció. Otro, mucho más pequeño, apareció en el ángulo inferior de la pantalla.

Syomon continuó dando potencia, hasta que el primer glóbulo ocupó casi la mitad de la pantalla. Entonces vieron que poseía unas extrañas protuberancias, como muñones de miembros amputados, que sobresalían de su superficie hasta una distancia equivalente a un tercio de su diámetro total.

De pronto, uno de los muñones se estiró, formando un seudópodo que osciló ligeramente unos instantes. Al final del seudópodo se produjo un abultamiento de forma lenticular, en cuyo centro se divisaba un puntito mucho más brillante que el resto del organismo al cual pertenecía.

El seudópodo osciló y se balanceó durante unos segundos. Luego se movió de tal forma que pareció acercarse al vidrio de la pantalla.

Neba dejó escapar una exclamación.

—¡Parece un ojo que quiere examinarlos! —exclamó.

La frase de la joven era casi correcta.

El punto brillante semejaba una pupila humana. Syomon percibió de pronto una sensación indefinible.

Algo estalló en su mente con gran fuerza.

—¡El microorganismo posee inteligencia! —dijo.

—¡Gran Galaxia! —exclamó Kro—. Pero, si eso no… parece… posible…

Más seudópodos brotaron del cuerpo del animálculo, hasta el número de una docena, aproximadamente; y en todos ellos se formaron aquellas bolitas brillantes que parecían pupilas.

De repente Neba lanzó un grito:

—¡Syomon, el ser está atacando mi mente!

Syomon giró en su taburete. El rostro de la joven aparecía contraído y gruesas gotas de sudor inundaban su frente, a la vez que su esbelto pecho subía y bajaba con movimientos espasmódicos.

Kro se derrumbó de pronto al suelo, revolcándose como poseído por un terrible dolor.

—¡El ser… mátelo! —jadeó.

Syomon percibió en aquel instante una aguda punzada en el interior de su cráneo. Neba cayó de rodillas y se oprimió ambas sienes con las manos.

—*¡Es él, Syomon!, ¡mátalo, mátalo!* —chilló.

Syomon dirigió la vista hacia la pantalla. El ser tenía ahora el tamaño de una cabeza humana.

Presionó un botón. El funcionamiento del microscopio electrónico exigía una gran cantidad el aire fresco, a fin de refrigerar sus mecanismos. Al desconectar el sistema de aireación, la temperatura aumentó.

Pero el ser no pareció ser afectado por el exceso de calor. Antes al contrario, lo único que se logró fue que brotasen más seudópodos, todos los cuales se dirigieron hacia la pantalla, como si intentasen salir a través de la misma.

—Mátalo, Syomon, mátalo —repitió Neba con voz apenas inteligible.

La presión mental sobre su cerebro resultaba ya casi irresistible. De súbito, Syomon concibió una idea.

Giró el mando de aumento y redujo el tamaño del ser a la mitad.

Los seudópodos se replegaron en su mayoría. Sólo quedaron dos o tres, que se retorcían epilépticamente, como resistiéndose a englobarse de nuevo en el cuerpo del microorganismo.

—¿Lo has matado? —preguntó Neba débilmente.

—No…

Syomon se dio cuenta de que el dolor que sentía había desaparecido casi por completo, aunque todavía persistía un tanto.

Rebajó el aumento. Los síntomas desaparecieron.

El doctor Kro se sentó en el suelo.

—¿Qué… ha pasado? —preguntó con lengua torpe.

El ser ocupaba ahora el tamaño equivalente a la mano de un niño.

—No lo sé exactamente —respondió el joven—, pero creo que nos encontramos ante uno de los misterios más grandes que han existido jamás. Es un virus con inteligencia… una inteligencia fabulosa, con un poder increíble, el cual crece a medida que se le hace aumentar de tamaño en la pantalla.

—Pero ese aumento es solamente visual, no efectivo —exclamó Neba, incorporándose con alguna dificultad.

—Eso es lo que más me extraña —declaró Syomon.

Hubo un momento de silencio.

De pronto, Syomon dijo:

—Me siento muy cansado.

—Necesitas comer algo y luego dormir una noche entera —dijo Neba, con sorprendente amabilidad—. ¿Sabes que han pasado casi veinticuatro horas desde que encontramos la caja con la joven?

Syomon se sorprendió.

—No me había dado cuenta —dijo.

—Ven —le tendió ella una mano.

Syomon la miró. Ella se turbó un poco.

—Ven —insistió.

—Doctor —dijo Syomon—, usted también debiera descansar. Dentro de unas horas, tendremos mucho trabajo. Hay bastantes cadáveres que examinar… uno de ellos, en especial, reviste singular importancia para nosotros.

—Desde luego —aprobó Kro.

Al salir del laboratorio, Syomon se dirigió a los soldados que montaban la guardia en la puerta.

—Nadie deberá entrar sin mi permiso personal, ni siquiera escrito. Eso significa que deberé venir yo acompañando a quien sea, ¿entendido?

—Sí, señor.

Syomon tomó algo de comida y luego se dirigió a su camarote, tendiéndose en el lecho.

Sus preocupaciones eran muy grandes, pero el sueño y la fatiga le vencieron casi de inmediato y se durmió profundamente.

Se había acostado casi al alba hasta mediada la tarde. Entonces, al despertar, se dirigió al baño y se aseó.

Cuando terminaba de vestirse, Neba le llamó por el intérfono.

—¿Syomon?

Hola —contestó él—. ¿Algo nuevo?

—No. Sólo quería saber si te habías levantado.

—Me disponía a tomar algo de comer, para proseguir el trabajo.

—Muy bien. Te espero en mi camarote —dijo ella. Syomon acudió en el acto. Neba tenía ya la mesa dispuesta.

—Siéntate —invitó.

Syomon la miró y sonrió.

—Gracias, Neba.

Ella se ruborizó.

—No me mires así —dijo.

—¿Te molesta?

—No, pero… —Neba se mordió los labios—. He estado pensando, Syomon.

—El cerebro es para pensar —sonrió el joven—. Debo deducir que has estado pensando en todo lo que nos ha ocurrido.

—En parte, pero también en ti.

—Eso me enorgullece. Gracias.

—No seas irónico —dijo ella con aspereza—. Aunque no te lo parezca, soy más sensata de lo que crees.

—De lo contrario, no habrías venido en la expedición.

Los ojos de la chica destellaron.

—De modo que opinas que vine por mi inteligencia antes que por mis influencias.

—Pongamos mitad y mitad —sonrió Syomon—. Si hubieses sido una chica tonta y vana, ni el hecho de ser hija de un Primer Investigador te habría concedido una plaza en la nave.

—Gracias por el buen concepto que tienes de mí —contestó ella —. Debo pedirte disculpas. Eso es lo que quería decirte.

—No tienes que humillarte, Neba. Sabía que acabarías por ver las cosas por ti misma.

Ella se sorprendió.

—Eres un buen psicólogo, Syomon.

—Un Investigador posee muchas cualidades en todos los sentidos y debe saber emplearlas en el momento adecuado. A ti te faltaba el revulsivo de una situación crítica para que comprendieses cuál debía ser tu verdadera posición.

Neba apoyó los codos en la mesa y le miró.

—Los seres humanos mueren todos, sea cual fuere su rango —dijo filosóficamente—. No hay excepción para ninguno de ellos.

—Nada más cierto, Neba.

—Lo he podido apreciar aquí, en este planeta y en la nave. Un Investigador muere igual que un soldado… y sus rangos son por completo distintos.

—Una absurda consecuencia de nuestra disparatada y adelantadísima civilización —manifestó él—. El rango debe separar a las personas, relativamente, claro está, pero sólo en el momento de la función que se desempeña por virtud de ese rango y para ejecutarla con el mayor provecho. Desaparecida la ocasión, todos deben ser iguales.

—A esa conclusión he llegado yo, Syomon —contestó Neba, mirándole fijamente.

Hubo una pausa de silencio.

—No sabes cuánto me alegra oírte hablar así. —Syomon sonrió al cabo. Movió la cabeza—. Tus puntos de vista empiezan a aproximarse a los míos.

—Nunca habíamos tenido la ocasión de intercambiarlos…

Neba se calló de pronto, turbada.

—No te había dado yo la ocasión —añadió al cabo de unos instantes.

—Es mejor que lo olvides —sonrió Syomon—. A fin de cuentas, lo importante es que hayas sabido hallarte a ti misma y…

Un repentino alarido interrumpió las frases del joven.

—¡Socorro!

El grito llegaba a través de la red general de megáfonos.

Neba palideció. Syomon se puso en pie.

—¿Qué sucede?

La voz del teniente Suu se dejó oír de pronto a través del intérfono.

—¡Investigador Syomon! ¡Urgente, al Laboratorio de Reconstrucción! ¡Todos los demás, aténganse a esta orden general: Enciérrense en sus cámaras y no se muevan de ellas sin previo aviso!

Neba miró al joven con expresión angustiada.

—¿Qué ocurre, Syomon?

—Ahora lo veremos —respondió él, lanzándose hacia la puerta.

Y Neba, después de una ligera vacilación, le siguió.

CAPÍTULO VIII

El doctor Kro llegó ante la puerta del Laboratorio de Reconstrucción y se dispuso a abrirlo sin pérdida de tiempo.

Los centinelas eran otros distintos de los de la madrugada anterior. O no les habían transmitido la orden correctamente o bien juzgaron que había modificaciones en la misma, el caso fue que no le formularon ninguna objeción y el médico pudo franquear la puerta sin dificultades.

En la mano llevaba una maleta, que abrió apenas se hubo hallado en el interior del laboratorio. Extrajo de ella una especie de casco, que se colocó en la cabeza.

A continuación, se dirigió al microscopio electrónico y se sentó ante el tablero de mandos. Presionó el interruptor y el aparato se puso en marcha.

El casco era un neutralizador de emisiones telepáticas. Confiaba en él para no sufrir los extraños ataques mentales de un ser tan diminuto, que su diámetro no alcanzaba siquiera a la millonésima de milímetro.

Empezó a manejar el aparato. La pantalla estaba ya iluminada.

Poco a poco, se fue haciendo visible el extraño ser ultramicroscópico. Los muñones se convirtieron en seudópodos.

La pantalla tenía casi un metro de anchura. La vez anterior, Syomon había hecho que alcanzase el tamaño de una cabeza humana.

Kro percibió claramente las malignas emanaciones del ser. Pero la red antitelepática le protegía con eficacia.

—Debimos habernos acordado antes —murmuró en voz alta—. Pero, también, ¿cómo íbamos a suponernos una cosa semejante?

Maniobró el mando de aumento. El tamaño de la cosa se dobló.

—Sí pudiese penetrar en el interior de su estructura… —dijo el doctor Kro.

Los seudópodos del ser se agitaban como serpientes dentro de una cesta. De pronto, sonó un estallido de vidrios rotos.

Parte de la pantalla, fragmentada en numerosos pedazos, cayó a los pies del médico.

Kro dio un salto en la silla que le puso en pie de golpe.

—He dado demasiada potencia al instrumento —musitó.

Y, de pronto, vio algo que le helaba la sangre en las venas.

Al romperse la pantalla televisora, parecía lógico que el ser hubiera desaparecido. Pero no era así.

La cosa estaba allí, saliendo del televisor, arrastrándose hacia abajo con ayuda de sus numerosos seudópodos.

Kro sintió miedo.

El ser se movía con relativa velocidad, pero en medio de un impresionante silencio.

Kro no comprendía cómo había podido ocurrir una cosa semejante. Era un ser de un tamaño inferior a la millonésima de milímetro… y ahora tenía el de un perro.

Los seudópodos alcanzaban, en ocasiones, el metro de distancia. Los puntos brillantes que semejaban pupilas de ojos, emitían una sensación de ferocidad indescriptible.

Otro ser brotó de la pantalla y cayó al suelo con leve chasquido. Un tercero apareció de inmediato, pero, en lugar de caer, reptó por la pared y subió al techo.

Kro sintió un pavor horrible. ¿Qué sucedía allí?

Se dio cuenta del terrible error que había cometido y quiso repararlo. Corrió hacia el visófono y dio el contacto.

—¡Socorro! —gritó.

En aquel momento, sintió un golpecito en una de sus piernas.

Se volvió, La sangre se congeló en sus venas.

El ser estaba junto a él. Sus seudópodos le rodeaban la pierna izquierda.

Quiso correr, pero cayó al suelo, sujeto por aquellos tentáculos que parecían poseer una fuerza irresistible.

—¡Socorro, socorro! —gritó una vez más.

Notó que los tentáculos tocaban su cara, su cabeza… Manoteó frenéticamente, pero dos seudópodos le sujetaron las muñecas,

impidiéndole todo movimiento.

Otros tentáculos tantearon su casco. Con horror indescriptible, Kro se dio cuenta de las intenciones del ser.

Forcejeó enloquecidamente, pero sus esfuerzos no le sirvieron de nada. El casco fue arrancado de su cabeza.

Entonces, sintió un dolor horrible en el cerebro, que pareció estallarle. Luego, nada, oscuridad absoluta.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a los centinelas de la puerta.

La central de comunicaciones había localizado el lugar de origen del grito.

—No lo sé, teniente —contestó uno de los soldados.

La puerta insonorizada aislaba por completo el laboratorio del exterior.

—¿Ha entrado alguien ahí? —preguntó Suu.

—El doctor Kro…

—¡Imbéciles! —les apostrofó Suu—. ¿Es que no conocían la consigna?

—Bueno, nosotros pensamos…

—¡Ustedes no pensaron! —bramó el oficial—. De lo contrario, el doctor Kro no habría penetrado ahí dentro. Las órdenes… pero ¿para qué seguir? Luego me encargaré de ustedes.

Y abrió la puerta.

El teniente Suu era hombre de rápidas reacciones. Un segundo después de haber visto lo que sucedía en el interior, la cerraba de golpe, esquivando por milímetros el furioso golpe que le dirigía el tentáculo de uno de los seres que se hallaba a dos pasos de la entrada.

—¡Gran Galaxia! —exclamó, aterrado por lo que acababa de ver.

La puerta era sólida, del mejor metal, pero de pronto pareció estremecerse, como si alguien tratase de abrirla desde el exterior.

Suu se percató en el acto de la gravedad de la situación. Todas las puertas de los distintos compartimientos de la nave poseían un cierre especial, para casos de pérdida repentina de presión atmosférica, por cualquier causa que fuera.

El teniente presionó el mando de cierre hermético. Le puerta dejó de estremecerse.

Suu no perdió tiempo. Cerca de allí había un micrófono y saltó hacia el aparato como un tigre sobre su presa.

Presionó el botón que lo conectaba a la red general y exclamó:

—¡Investigador Syomon! ¡Urgente, al Laboratorio de Reconstrucción! ¡Todos los demás, aténganse a esta orden general: Enciérrense en sus cámaras y no salgan de ellas sin previo aviso!

Sudaba en abundancia al cortar la comunicación.

—Os haré pagar cara esta contravención —amenazó a los soldados—. Avisad al sargento Lefill que venga con todos los hombres disponibles. La orden de encierro no reza para la sección de protección. ¡Rápido!

Uno de los soldados partió a escape. Suu quedó allí con el otro, presa de un nerviosismo y una angustia crecientes.

¿Qué cosa tan horrible estaba sucediendo al otro lado de la puerta?

Syomon compareció minutos después, seguido de Neba.

—¡Teniente! ¿Qué ocurre?

Suu tenía el rostro pálido como un cadáver.

—El doctor Kro… entró en el Laboratorio… Unas cosas horribles le atacaron… Ha debido de morir…

—Syomon miró al oficial con gesto incrédulo.

—¿Unos animales? —dijo.

—No sé si eran animales o no… —Suu se pasó una mano por la cara—. Señor, le aseguro que he visto formas de vida de todas clases en la Galaxia, a cuál más extrañas… pero nunca nada semejante como lo que hay al otro lado de esa puerta…

Syomon dio un paso hacia delante y quiso abrir, pero se dio cuenta de que la puerta tenía echado el pestillo de seguridad.

Suu se plantó delante de la puerta.

—¡Por lo que más quiera, señor! —exclamó aterrorizado—. No entre ahí o morirá, lo mismo que el doctor Kro.

Syomon volvió los ojos hacía Neba.

—Hazle caso —dijo ella.

El joven vaciló.

—¿Qué es lo que vio, teniente? —preguntó.

—Eran… son una especie de bolas, de más de medio metro de diámetro… con unos tentáculos que tienen ojos al final de los mismos…

—Bien, eso ya lo vimos esta madrugada —respondió el joven—. En la pantalla del ultramicroscopio.

—No, señor; están fuera de la pantalla —afirmó Suu.

CAPÍTULO IX

Syomon se quedó perplejo al escuchar las palabras del oficial.

—Los seres están dentro del microscopio —exclamó con energía—. No obstante, poseen cierta fuerza mental, que tal vez haya influido en su cerebro y le ha hecho ver cosas raras, teniente.

—Le juro que no ha sido así, señor —insistió el atribulado Suu—. Están fuera… fuera…

Syomon se volvió hacia la joven.

—No lo comprendo —dijo.

—Hazle caso —recomendó Neba—. No entres. Averigua primero qué es lo que hay adentro y luego actúa. No cometas imprudencias, por favor.

Syomon reflexionó unos momentos.

—Si tuviésemos algún medio de ver lo que sucede ahí en el laboratorio… —dijo.

De repente, Neba concibió una excelente idea.

—¡Ven! —dijo, echando a correr hacia una puerta no demasiado lejana.

La muchacha penetró en una estancia destinada a estudio. Todas las cámaras de la nave disponían de su correspondiente visófono, el cual, en caso necesario, podía ser conectado con la red general.

La muchacha tocó una palanquita.

—Central, comunicación con el Laboratorio de Reconstrucción.

La conexión se estableció en el acto. Entonces, la pequeña pantalla del visófono reflejó el interior del laboratorio.

—¡Gran Galaxia! —exclamó Syomon, aterrado.

El laboratorio estaba invadido por centenares de aquellos monstruosos seres, que ocupaban ya la mayor parte del mismo. De Kro no se divisaba el menor rastro, sepultado sin duda bajo la

masa de glóbulos con seudópodos, que se agitaba de un modo incesante, con leve rumor que era captado por los sensibles micrófonos del aparato.

El objetivo del visófono enfocaba parte del microscopio. Podía verse la pantalla rota y, a través de la misma, los seres que continuaban saliendo sin interrupción.

—¡Es horrible! —exclamó Neba, espantada.

El teniente Suu era un hombre valiente. Había conocido toda clase de peligros, pero aquello superaba a cuanto había visto hasta entonces.

—¿De… de dónde procederán esos seres? —balbuceó.

Syomon tenía las mandíbulas apretadas. Ya no se le podía echar la culpa al doctor Kro, pero, de haber estado vivo, le habría propinado un buen puñetazo en la nariz.

Y luego lo hubiera sometido a un Consejo de Guerra.

Pero nada de esto era factible ya. Ni tampoco hubiese solucionado la crítica situación en que se hallaban.

De repente, uno de los monstruos se dirigió rectamente hacia el visor. Los tres contemplaron fascinados el irresistible avance del ser.

Los tentáculos de la cosa tantearon el objetivo. A los que estaban contemplando su acción les pareció que tocaba la pantalla del visófono.

De súbito, Neba comprendió el gravísimo peligro en que se encontraban.

—¡Syomon! ¡Acuérdate, la pantalla rota del ultramicroscopio! ¡El ser quiere escapar por la del visófono!

Syomon se precipitó hacia el aparato. Ya era tarde.

Sonó un estallido de vidrios rotos. Dos o tres tentáculos asomaron al exterior.

—¡Fuera! —aulló el teniente Suu.

La pantalla era pequeña para su tamaño, pero el ser se contrajo, se estiró y, al fin, acabó por caer al suelo.

Los tres corrieron como locos hacia la puerta y la cerraron. Suu conservó la serenidad suficiente para echar el pestillo de seguridad.

—Esos animales caminan a través de las corrientes de electrones —dijo Neba, muy pálida.

Syomon se acordó de la visión que había contemplado a través de la pantalla del visófono.

—Teniente, llame a la central de comunicaciones —ordenó—. Dígales que corten en el acto toda transmisión videofónica. En lo sucesivo, las comunicaciones se harán sólo por las emisoras de radio.

—Bien, señor.

Suu corrió hacia el visófono del corredor, pero se arrepintió inmediatamente.

—Iré en persona —dijo, lanzándose hacia la escalera más próxima.

Neba miró al joven con expresión angustiada.

—¿Qué haremos, Syomon? —preguntó.

—No lo sé. —Syomon se pasó una mano por la frente—. De momento, estamos seguros, pero…

—¡Podríamos abrasarlos con sopletes, señor! —sugirió uno de los soldados.

—En teoría, puede ser una buena solución, pero… ¿cómo entramos ahí? —respondió Syomon.

La puerta del laboratorio se estremeció de pronto.

Syomon y Neba volvieron la vista en el acto. El joven sintió que la frente se le inundaba de sudor.

La puerta era de durísimo metal, prácticamente indestructible por los medios ordinarios. Ahora se estaba combando… ¡hacia fuera!

—¡Los monstruos quieren salir! —gritó Neba, presa del histerismo.

Syomon la agarró por un brazo.

—Cálmate, te lo ruego —pidió.

Pero en su fuero interno sabía que el microscopio electrónico vomitaba sin cesar innumerables seres de aquéllos, que ejercían sobre el metal una presión indescriptible.

—El tejido no quedó limpio del todo después de haber extraído de su interior las cenizas de la joven —dijo Syomon.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Estoy seguro de que el doctor Kro tomó una muestra para estudiarla ante el microscopio —manifestó el joven—. O bien preparó una platina o quizá tomó un fragmento de tejido del saquete que contenía las cenizas de aquella doncella.

—Lo cual significa que un milímetro cuadrado de tejido puede

tener todavía adheridos millones de hematíes, para examinar, los cuales es suficiente un sencillo microscopio óptico, y si recordamos que nuestro ultramicroscopio puede alcanzar aumentos de hasta diez millones…

Syomon se interrumpió. La curvatura de la puerta aumentaba lenta pero sensiblemente.

—Bien, ese supuesto milímetro cuadrado de tejido puede contener billones de seres que, al pasar por el ultramicroscopio, adquieren un tamaño exorbitante —concluyó.

—La otra puerta se está curvando también, señor —informó uno de los soldados.

—Traigan un soplete… no, dos —ordenó el joven. Una pareja de soldados corrió a cumplir la orden.

Minutos después, estaban de vuelta, junto con el teniente Suu.

—La central de comunicaciones está desconectada —informó—. He advertido que no debe ser conectada de nuevo bajo ningún concepto.

—Muy bien —aprobó el joven.

—He traído también dos transmisores de radio. Los necesitaremos.

—Desde luego. —Syomon movió la mano—. Calienten las puertas —ordenó—. El metal deberá ponerse al rojo cereza.

Los soldados que manejaban los sopletes se situaron frente a las puertas, cuya curvatura alcanzaba ya límites alarmantes. El punto máximo de cota de dicha curvatura, con respecto al nivel del mamparo, alcanzaba ya casi veinte centímetros.

Los soldados llevaban la protección adecuada. Abrieron las espitas y los chorros de gas llameante salieron al exterior, en forma de lanzas de fuego de más de un metro de longitud.

—Debe de haber ahí adentro una masa impresionante de seres que pugnan por salir —comentó Neba, estremecida.

—Lo que no me explico yo es cómo han podido adquirir semejante tamaño —dijo Syomon—. Es lógico verlos en la pantalla del ultramicroscopio a un tamaño cientos de miles o millones de veces mayor que el suyo habitual, pero un pajarillo no se convierte en un águila sólo porque un ornitólogo lo miré con una lupa.

—La comparación, salvando las proporciones, es acertada, pero no nos da la solución —manifestó la joven.

Los sopletes seguían funcionando mientras tanto. El metal de las puertas empezaba a tomar ya una coloración rojo oscura. Momentos después, tenía el tono cereza indicado por el joven.

—¡Alto! —ordenó Syomon—. Apaguen los sopletes.

Los chorros de llamas desaparecieron en el acto. El calor era insoportable.

Pasaron dos o tres minutos. El metal empezó a enfriarse.

La curvatura de la puerta aumentó. De pronto, uno de los goznes saltó con seco chasquido.

Neba emitió un grito de espanto.

Syomon la agarró con fuerza por uno de sus brazos.

—No pierdas la serenidad ni se la hagas perder a los demás —dijo ásperamente—. ¡Teniente Suu!

—Estoy aquí, señor —contestó el aludido.

—Orden de evacuación total para esta sección de la astronave —dispuso Syomon en tono enérgico—. La evacuación deberá hacerse en el plazo más breve posible y se cerrarán todas las compuertas de comunicación con las demás secciones.

—Bien, señor.

Syomon se llevó a la muchacha hacia la salida del corredor. Por el hueco, de apenas un centímetro, causado por la rotura del gozne, asomaban un par de tentáculos, que ondeaban siniestramente en el aire.

Uno de los seres se estiró, se deformó, se convirtió en una cosa plana y sucia que se movía con segura y aterradora lentitud, asomando al exterior poco a poco. En aquel instante, la puerta de la sala contigua al laboratorio estalló con seco chasquido.

La irresistible presión de los seres había hecho saltar todos los pestillos y cerraduras de seguridad.

Una masa de seres se precipitó al corredor. Uno de los soldados, más valiente, se precipitó contra aquella manada de monstruos, haciendo flamear el soplete como una especie de lanza de fuego.

El soplete funcionó ahora a toda potencia. Su chorro alcanzaba más de tres metros de longitud.

Media docena de seres perecieron abrasados instantáneamente. Por unos momentos, pareció que conseguirían la victoria.

El hedor era insoportable. Ni siquiera los sistemas de ventilación eran suficientes para disiparlo.

De repente, Syomon se dio cuenta de que el humo procedente de la combustión de los cuerpos de aquellos seres ascendía hasta una rejilla situada en lo alto del techo, a unos metros más allá de la puerta reventada.

Inmediatamente adivinó el peligro.

—¡Alto! —ordenó—. ¡Apáguese ese soplete ahora mismo!

El soldado obedeció. Desesperado, Syomon volvió la cara hacia la joven.

—Por otra parte, aunque usáramos todos los sopletes de que dispone la nave, apenas conseguiríamos resultados prácticos. ¡Mira, Neba!

El número de seres continuaba aumentando por segundos, sin que advirtiera la menor señal de que fuera a cesar aquella horripilante progresión.

CAPÍTULO X

La sección había sido aislada.

De momento, el peligro se había conjurado.

—Pero, prácticamente, el número de esos seres es infinito y acabarán por llenarla y expulsarnos —comentó Syomon con voz sombría.

Hacía ya una hora que habían abandonado la sección afectada. No tenían la menor noticia de lo que sucedía en el interior de dicha sección, pero se suponían que los seres aquellos continuaban proliferando.

Los hombres de Suu estaban repartidos, frente a las puertas que comunicaban la sección bloqueada con el resto de la nave. Disponían de sopletes y fusiles radiantes. Respecto a éstos, aún no conocían sus efectos sobre los seres, pero el joven no tenía interés de ensayarlos, al menos por el momento.

—Teniente Suu —llamó de pronto.

—A sus órdenes.

—Hágame el favor de convocar al segundo oficial de la nave, al biólogo Woll, al ingeniero Yaser y al Investigador Karm. Quiero celebrar una conferencia, a fin de adoptar las medidas más convenientes para nuestra seguridad.

—Bien, señor.

El joven había instalado su puesto de mando frente a una de las puertas que daban a la sección aislada. De pronto, se dio cuenta de que faltaba la muchacha.

No le concedió importancia al hecho. Se sentó en una silla, junto a una mesa que le habían traído y, durante unos momentos, se abstrajo en una serie de cálculos matemáticos, sin hacer caso de cuanto le rodeaba.

Neba apareció poco después, llevando en las manos una bandeja llena de comida.

—Tienes que alimentarte —dijo, mirándole a la cara.

Syomon sonrió.

—Las mujeres pensáis en todo —contestó, apartando a un lado el papel donde había estado haciendo sus cálculos.

—Empezó a comer. A los pocos minutos, llegaron los hombres convocados.

Uno de los soldados trajo sillas.

—Seguiré comiendo, si no les importa —dijo. Y añadió—: Supongo que todos están enterados de lo que sucede.

—Desde luego —contestó el biólogo Woll—. La situación es sumamente crítica.

—Para deshacernos de esos seres —dijo Tyi, el segundo oficial —, tenemos un medio infalible.

—¿Cuál? —quiso saber el joven.

—Salir con la nave al espacio exterior, ponernos todos los trajes de vacío y abrir las escotillas. El aire se escapará… y no he visto aún un animal que pueda vivir sin oxígeno.

Neba miró al joven con expresión esperanzada.

Syomon movió la cabeza con gesto denegatorio.

—El segundo Tyi no ha estado ni ha oído hablar del planeta Stavran ni de sus habitantes, animales, por supuesto, que viven en un medio absolutamente carente de oxígeno. Durante un millón de años, esos seres que han invadido la nave vivieron bajo tierra… el escaso oxígeno de que pudieron disponer quedó agotado en ese período de diez mil siglos y, sin embargo, ahí los tiene usted.

—Electrocución —sugirió el biólogo.

—Serviría para una docena, no para docenas de miles, como ya tenemos dentro de la nave.

—Pero ¿cómo puede ser que su número haya aumentado de manera tan exorbitante? —preguntó el ingeniero Yaser.

—No lo sé —respondió el joven—, pero es un hecho con el cual hemos de encararnos.

—¿Y habremos de abandonar la nave? —preguntó Karm.

Syomon tomó el papel donde había estado realizando sus cálculos momentos antes.

—La longitud de la nave es de unos mil metros, por unos

doscientos de anchura y otros tantos de grosor. Si tuviese la forma de un prisma regular, de sección cuadrangular, su volumen sería de cuarenta millones de metros cúbicos.

Hizo una pausa, a fin de que la cifra penetrase profundamente en los cerebros de sus oyentes.

—La diferencia, en menos, sin embargo, es despreciable —continuó—. Partamos de esa cifra. Cuarenta millones de metros cúbicos —repitió—. Podemos calcular con facilidad el volumen que ocupan cuatro de esos seres es de un metro cúbico…

—¡Ciento sesenta millones! —exclamó Neba.

—Exactamente —aprobó Syomon—. Lo dije antes; aunque cada uno de ellos, en estado normal, tuviese el simple tamaño de un solo glóbulo rojo, nos encontraríamos con cuatro o cinco millones de esos seres en el interior de la nave.

—¡No hay forma humana de luchar contra ellos! —dijo Karm, espantado por la aterradora crudeza de las cifras.

—Tanto como eso… —dijo Syomon—. Pero, en fin, de este modo, tendrán ustedes una pálida idea de las dificultades con que nos enfrentamos. Si un ser de ésos, en estado normal, tiene un tamaño diez veces inferior a un glóbulo rojo, su número se decuplicaría instantáneamente, partiendo siempre de la base del milímetro cúbico. Un tamaño cien veces inferior nos daría cuatrocientos o quinientos millones de seres… pero el ultramicroscopio estaba conectado para un aumento de, por lo menos, millón y medio de veces el tamaño normal de esos seres.

—¡Cubrirían la superficie del planeta! —exclamó Woll, aterrado.

Syomon no quiso decir nada. Pero su silencio era una confirmación de las terribles palabras del biólogo.

—¿Y no hay medio de luchar contra ellos? —preguntó Tyi, con voz débil.

—Prepongan ustedes uno —pidió Syomon.

—Una epidemia —apuntó el biólogo.

—Necesita usted apresar vivos varios ejemplares y estudiarlos en su laboratorio. Eso puede llevarle días y no podemos perder tanto tiempo.

—¿Y la congelación?

Syomon reflexionó durante unos momentos.

—¿Por qué no? Podemos probar y… Tyi —llamó al segundo.

—Diga, señor.

—¿Se pueden aislar los sistemas de ventilación de la sección invadida?

—Sí, señor.

—Hágalo. A la mínima temperatura posible.

—Bien, señor.

Tyi se levantó y corrió hacia el puesto de mando, a fin de cumplimentar la orden del joven.

—El calor, hasta cierto punto, no les afecta —dijo Syomon—. Pude verlo cuando cerré el circuito de refrigeración del ultramicroscopio. La temperatura se elevó, pero a ellos no les pasó nada.

—Lo que no entiendo es cómo siendo unos seres tan diminutos han podido alcanzar su tamaño actual —manifestó el biólogo, perplejo.

—Yo tampoco —contestó el joven—. Si el doctor Kro viviese, podría contarnos muchas cosas, acerca de la forma en que dio comienzo este extraño fenómeno. Por desgracia… —dejó la frase sin concluir, presa de un momentáneo abatimiento.

En aquel momento, la voz del segundo Tyi se dejó oír a través del receptor individual que Suu tenía en las manos.

—En este momento empieza la proyección de aire frío hacia la sección invadida.

—Esperemos —manifestó el joven.

Pasó una hora.

—La temperatura de la sección invadida ha debido de bajar muy por debajo del cero —habló el biólogo.

—Vamos a ver —dijo Syomon, poniéndose en pie—. Ustedes, quédense aquí. Suu, necesito cuatro de sus hombres, todos con sopletes.

—Sí, señor.

Instantes más tarde, los cuatro soldados se situaban frente a la puerta más cercana. A fin de no ordenar a nadie algo que él no pudiese hacer, Syomon se situó junto a la puerta.

—Preparen los sopletes.

Cuatro pequeñas llamas brotaron en el acto de los sopletes. Syomon abrió de golpe y saltó a un lado.

—¡Ahí están!

—¡Los malditos!

—¡Abrásenlos!

Los cuatro sopletes rugieron. Cuatro lanzas de fuego de tres metros de longitud partieron hacia el hueco, abrasando a los seres que pretendían salir.

Syomon contempló el espectáculo lleno de asombro. Una masa de monstruos, de la que sobresalían miliares de seudópodos, que se agitaban constantemente, ocupaba todo el espacio que alcanzaba su vista. Los seres se amontonaban unos encima de otros, sin que, al parecer, el peso de los demás afectase a los que estaban en el suelo, y formaban una capa de casi dos metros de espesor, un tanto blanquecina, a causa de la escarcha formada por la baja de la temperatura.

Saltó hacia la puerta y la cerró.

El suelo estaba lleno de cenizas.

—¡Quémenlas! —ordenó.

Los sopletes barrieron el suelo, haciendo desaparecer el último vestigio de los seres abrasados. Syomon calculó que apenas si habían muerto treinta o cuarenta de una masa de varios millares.

La visión había durado apenas un par de segundos, pero había sido suficiente para darse cuenta que aún falta bastante para que los seres ocupasen todo el ámbito de la sección bloqueado, hasta el techo.

Esto, sin embargo, se produciría de modo inexorable. Entonces, la masa de seres presionaría sobre las puertas y las haría saltar.

—¡Pero es imposible que sigan viviendo! —rugió Tyi, perdidos los estribos—. Ahí dentro haya una temperatura de treinta grados bajo cero…

—Olvida usted una cosa, segundo —dijo Syomon.

Tyi le miró con desaliento.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Qué es lo que hacen cuatro o cinco personas cuando, no disponiendo de medios para combatir el frío, quieren evitar su muerte por dicha causa? Los animales también lo hacen, ¿no? Se agrupan, se dan calor unos a otros… y si están en una habitación cerrada, la temperatura de esa estancia se eleva al cabo, ¿no es así?

—El Investigador tiene razón —convino Woll—. Los seres se han dado cuenta de que la temperatura ha bajado y, por si mismos o

bien agrupándose, han combatido contra el frío, aumentando su calor interior, que se ha transmitido a la sección bloqueada.

—Lo cual significa —manifestó, desalentada— que no tenemos ninguna forma de luchar contra ellos. ¿Habremos de abandonar la nave?

Ninguno de los presentes se atrevió a contestar la pregunta de la joven.

CAPÍTULO XI

Amaneció.

El sol iluminó los costados de la nave varada.

Por vía de precaución, Syomon había ordenado diese comienzo la evacuación.

Estaba dirigida por el segundo Tyi, que ocupaba ahora el puesto del capitán Versel, secundado por sus oficiales. Los tripulantes, de ambos sexos, salían al exterior, con sus equipos individuales y transportando, además, los elementos más necesarios para instalarse en el planeta, caso de que el abandono de la nave se convirtiese en un hecho definitivo.

Syomon continuaba impertérrito en su puesto. No había querido descansar ni un solo momento.

—Tienes que dormir un rato —le dijo Neba, después de traerle el desayuno.

—No puedo —contestó él—. La seguridad de todos nosotros, y no es petulancia, está en mis manos.

—Pero si te agotas…

—Puedo resistir aún —respondió él—. ¿Cómo está Bozaan?

—Lo mismo —dijo Neba—. La locura le ha afectado de una forma que me parece incurable.

Syomon se frotó la mandíbula.

—Es curioso —murmuró—. Hubo varios accesos de locura, provocados, al parecer, por las cenizas de la doncella. Pero todos curaron menos él.

—Es el más anciano de todos. No tiene de particular que su cerebro haya quedado afectado de una manera permanente.

—Y luego, salvo Bozaan, todos los casos de locura, se curaron automáticamente.

—Tal vez el virus fue destruido por las antitoxinas del cuerpo —sugirió ella—. En pocos momentos, alcanzó su «clímax» y luego, debilitado, empezó a ceder ante las defensas naturales.

—No cabe otra explicación, A Bozaan, sin embargo, esa autocuración le ha dejado rastros permanentes.

Syomon meneó la cabeza.

—No me gusta ser un aguafiestas, pero si me hubieran hecho caso cuando dije que no levantasen la tapa de la caja…

Ella se sentó a su lado, con expresión desanimada.

—Parece mentira que un cuerpo tan hermoso haya podido producir unos seres de aspecto tan horripilante. Y el caso es que, después de tocar las cenizas y salvo los ataques de locura, que no se dieron en los que estábamos fuera, no se ha producido ninguna otra enfermedad.

—Nuestro cuerpo produce defensas que destruyen con facilidad a esos seres, tras un período de afección mental, que dura relativamente poco, sin embargo. Pero después de haber alcanzado un tamaño tan enorme, no hay forma humana de luchar contra ellos.

—¿Y habremos de resignarnos a la derrota? —Neba le miró fijamente—. Syomon, tú dijiste que, si esos seres continúan reproduciéndose al ritmo actual, acabarán por cubrir la superficie del planeta. Todo cuanto hay de vida sobre su superficie acabará por perecer.

El joven se retorció las manos, presa del nerviosismo.

—Estoy buscando una solución, pero no acabo de encontrarla —dijo—. ¡Es que no puede ser que de las cenizas, de donde se originaron esos seres, se reconstruya el cuerpo de una mujer tan hermosa! —exclamó de pronto.

—¡No tuvimos tiempo de reconstruirla! —dijo Neba.

—Pero en el Laboratorio vi yo su silueta transparente… ¿Cómo es posible que un cuerpo humano contenga unos gérmenes, virus o como quiera que se les llame o sean, de forma tan espantosa?

De pronto, Neba dijo algo que hizo pensar mucho a Syomon.

—¿Estás seguro de que se trataba de una mujer, Syomon?

El joven la miró con expresión de perplejidad.

—¡Pues claro que…! Tú la viste lo mismo que yo, ¿no es así?

Neba guardó un momento de silencio. Luego, de repente, alargó

la mano y tomó el transmisor individual.

—Se me ha ocurrido una idea —expuso—. Investigador Karm, preséntese en seguida ante el Investigador Syomon.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —preguntó él.

—Ahora verás.

Karm llegó momentos después. Su rostro aniñado mostraba bien a las claras la preocupación que le embargaba.

—¿Señor? —preguntó, asustado.

—Es Neba quien desea hablarle, Karm —contestó Syomon.

La muchacha dirigió una mirada penetrante al Investigador.

—Karm —dijo al cabo—, usted formaba parte del equipo que encontró a la doncella.

—Sí, señora.

—¿Quién era el encargado de grabar en imágenes los trabajos?

—Yo, señora. Como Investigador más moderno…

—Me lo suponía —sonrió ella—. Ande, vaya y tráiganos su cámara. Estoy segura de que no se le ha ocurrido siquiera examinar su contenido.

El atribulado Karm obedeció.

—Tiene pocos años —comentó Syomon—, pero no da muestras de fortaleza.

—Todos no pueden tener un carácter como el tuyo dijo Neba, defendiendo al muchacho.

—Lo sé —respondió él—. Aun así, a un Investigador se le exigen un mínimo de cualidades que Karm, por ahora, no parece poseer.

—Eres el Investigador con más rango que ha quedado después de los sucesos ocurridos. ¿Qué informes darás de él?

Syomon la miró unos segundos.

—Tu rango es superior al mío. ¿Qué informe darás de mí?

—Simplemente, que te apropiaste del mando, pasando por encima de un superior.

—Estoy dispuesto a arrostrar las consecuencias.

—Karm las arrostrará también.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del joven.

—Karm es hijo y nieto de Investigadores, como tú. Es lógico que los de vuestra clase os defendáis unos a otros.

—¡Syomon, por favor! —exclamó ella con voz crispada—. Ahora no estamos tratando de rangos, sino de algo mucho más

importante…

Sus ojos brillaban.

—La vida inteligente está a punto de surgir en este planeta. Si eso no sucede, será por nuestra culpa, Syomon.

—Mía, no; yo me opuse a levantar la tapa de la caja.

—Está bien, no discutamos más —contestó ella, despechada.

—Sí, hay que discutir un poco más. Sólo lo justo para decir que Bozaan, viendo que la vida inteligente está a punto de surgir, debiera haber dado la orden de zarpar de inmediato. Su suerte estriba ahora en que ya no tiene ninguna responsabilidad.

—Las hubiera aceptado todas, en caso contrario.

—¡Ya lo creo que las hubiera aceptado! —exclamó Syomon furioso—. Como que yo mismo hubiese convocado una reunión especial de Investigadores, para juzgar su caso.

Una despectiva sonrisa curvó los labios de la joven.

—¿Piensas que habrían aceptado tu propuesta? —inquirió.

—Si no hubiera sido así, habría sido necesario empezar a pensar que la rectitud y la justicia están ausentes de la Liga de Investigadores.

Neba enrojeció.

—Tienes razón —murmuró en voz baja—. Hubiesen tenido que atender tu petición… pero aun cuando fuera posible, eso no resolvería el problema con el cual nos estamos enfrentando…

—Sí —convino él con pesar—. Loco o cuerdo Bozaan, resolver este problema es lo que más nos interesa en los momentos actuales.

Karm regresó. En las manos traía la cámara y una pantalla proyectora de reducido tamaño.

La cámara era de grabación y proyección instantáneas. Una vez tomadas las imágenes del objeto observado, podían ser proyectadas en seguida para su estudio.

Karm montó la pantalla, con ayuda de Suu, quien no se separaba apenas de aquel lugar. Los soldados, provistos de sopletes y fusiles radiantes, montaban guardia permanente.

Las imágenes de la excavación fueron proyectadas en el acto. Pasaron unos minutos antes de que llegaran al momento en que se había visto aparecer la caja con la mujer en su interior.

Se oyó una unánime exclamación de asombro.

Se veía con claridad el grupo de Investigadores, el hoyo

practicado, la tierra apartada a los lados…

—¿Dónde está la caja? —preguntó Syomon, interpretando el sentir general.

No había el menor rastro de la caja. En su lugar, sólo se divisaba una esfera grisácea, poco brillante y algo aplastada, que tenía un tamaño aparente, por comparación con los cuerpos de los Investigadores, de un metro de diámetro, aproximadamente.

Syomon y Neba se miraron entre sí, por completo desconcertados.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó ella.

Syomon se volvió hacia el muchacho.

—Karm, ¿está seguro de que son éstas las imágenes que tomó usted en aquel momento?

—Absolutamente, señor —contestó Karm, cuyo rostro mostraba una lividez espectral.

—¿Y no las ha proyectado antes de ahora? —inquirió Neba.

—No. Ésta es la primera vez.

Syomon y la joven volvieron a mirarse.

—Me parece que ya tengo la solución —dijo él, tras unos minutos de intensa reflexión.

—Habla —pidió Neba con ansiedad.

—Sugestión.

Hubo una pausa de intenso silencio.

—Sugestión —repitió ella, atónita—. Pero ¿cómo puede ser posible?

Syomon meditó de nuevo.

—No estoy seguro, pero… Karm, proyecte de nuevo las imágenes, en el punto donde ha aparecido esa bola gris.

—Sí, señor.

La pantalla, que se había apagado al finalizar la proyección, se iluminó de nuevo.

La bola emitía un brillo muy intenso, pero que a todos se les antojó siniestro.

—Recuerda —dijo Syomon— los casos de locura producidos por la dispersión de las supuestas —repito, supuestas— cenizas de la doncella. Eso significa que ciento o miles o quizá uno solo de esos seres entró en cada cerebro, intentando influir en su dueño. Lo consiguió, pero sólo por breve tiempo, porque la reacción natural

de los individuos afectados acabó por eliminar las consecuencias de esa llamémosla infiltración.

—Sí, es cierto.

—Lo que vemos ahí no es más que una reunión de billones, trillones, acaso, de seres, agrupados para su mutua defensa. Uno, cien, doscientos mil, en ese estado y en tamaño ultramicroscópico, no habrían conseguido nada, pero reunidos varios trillones, ¿no crees que pudieron sugestionar nuestras mentes y hacernos ver lo que no existía?

Neba asintió despacio.

—¿Y qué sugestión mejor que la imagen de una hermosa doncella, cuya belleza nos conmovió a todos? —murmuró, asintiendo a las palabras del joven.

—Pero ¿cómo se convirtió en cenizas? —preguntó Karm, casi con un estallido.

—Tal vez lo que levantamos no fue la tapa, sino la costra… caso de que éste sea el nombre adecuado —contestó el joven—. Es decir —añadió—, una costra, una capa protectora creada por ellos mismos para sobrevivir. Entonces, hubo un momento en que, por las razones que fueran, tal vez un exceso de oxígeno al contacto con la atmósfera, o bien la misma acción de los sopletes con los cuales estábamos levantando una tapa que sólo existía en nuestra imaginación, su cohesión desapareció y la bola se convirtió en el montoncito de cenizas que todos vimos… y se trajo a la nave con las consecuencias ya conocidas.

—Es una hipótesis con muchos visos de verosimilitud —manifestó Neba—. Pero ¿por qué hicieron todo eso? La locura que nos causaron… que causaron a algunos desdichados y que produjo esas muertes, pasó pronto. ¿Era eso únicamente lo que pretendían?

Syomon movió lentamente la cabeza.

—Hasta cierto punto —dijo—. En mi opinión, lo que pretendían… lo que pretenden es apoderarse de la nave. Si no pudieron apoderarse totalmente de nuestros cerebros para conseguirlo, ahora tratan de lograrlo de otra forma más efectiva.

Un helado silencio descendió sobre todos los presentes.

De repente, sonó un fuerte chasquido.

—¡Señor —gritó uno de los soldados—, la puerta acaba de saltar!

Syomon y Neba volvieron la vista hacia el lugar donde había sonado el chasquido.

La sangre se les heló en las venas en el acto.

Una densa, gris y viscosa marea de cuerpos amorfos, por encima de la cual ondulaban centenares de seudópodos agitándose continuamente, se desparramaban con aterradora lentitud por el suelo, sin que nada pudiera detener su irresistible avance.

CAPÍTULO XII

Veinticuatro horas más tarde, los seres habían invadido ya cuatro secciones más de la nave.

—Y no hay forma humana de detenerlos —dijo Neba, perdida la esperanza.

—Tendremos que quedarnos en este planeta —gimoteó Karm.

—Lo de menos sería quedarnos aquí, si no fuese por dos circunstancias que nos obligan a luchar para conservar la nave —expresó Syomon.

—¿Cuáles? —quiso saber Neba.

—Primero, aunque abandonemos la nave, esos seres continuarán reproduciéndose hasta que cubran la superficie sólida del planeta, con lo que a la larga, nuestra situación resultaría insostenible.

—Quizá se reproduzcan sólo en el número necesario para expulsarnos y quedarse ellos con la nave —aventuró Suu.

—¿Y cómo la gobernarán? —exclamó Karm—. ¿Qué saben ellos de astronáutica?

—Posiblemente, lo consigan mediante el instinto… o por una inteligencia tan avanzadísima, que les permita conocer los secretos de la nave en un cortísimo espacio de tiempo. Pero —añadió Syomon— la segunda causa por la cual no podemos quedarnos aquí y a la que quería referirme, es la vida inteligente que está a punto de surgir en el planeta.

—Tienes razón —admitió Neba desesperanzada.

—Aunque nos quedásemos con pocos instrumentos y herramientas, posemos una civilización adelantadísima, que nos llevaría a suplir cuanto nos faltase en un espacio de tiempo relativamente corto. Entonces, chocaríamos con la vida inteligente que va a aparecer y que, por fuerza, lo hará en el estadio más

primitivo. Antes de que los habitantes de este planeta lleguen a nuestra altura, habrán de pasar decenas de miles de años… y no se puede hacer una cosa semejante.

Sonó una voz a través del megáfono de un transmisor portátil.

—La Sección número Once acaba de ser ocupada.

Neba volvió los ojos hacia Syomon.

—Otra sección —dijo.

—Les seres poseen ya un treinta por ciento del espacio de la nave —calculó él.

—Lo que yo no me explico es cómo viste la silueta de la mujer en la caja de Reconstrucción, si esa mujer no existe.

—Los Investigadores trataban de reconstruirla y lo primero que hicieron fue «fabricar» una envoltura humana para el resto del organismo. Los seres que provocaron su locura, les hicieron luchar entre sí o envenenarse… ¡o qué se yo! —exclamó Syomon exasperadamente—. El caso es que murieron.

—Y por la imprudencia del doctor Kro, que quebrantó tus órdenes, la nave está siendo invadida y nosotros, expulsados.

—De nada sirve ahora hacernos reproches —dijo Syomon. Miró sucesivamente a cuantos les rodeaban—. ¿No se les ocurre a nadie una idea para terminar de una vez con esta absurda situación?

—Abrasarlos vivos —dijo Karm.

—No disponemos de medios suficientes para todos —objetó Syomon.

—Electrocución —apuntó Woll, el biólogo, por segunda vez. La primera, su idea había sido desechada.

Syomon estaba ahora en un punto en el que cualquier solución, aun la más disparatada, debía ser empleada.

—¿Cree usted? —preguntó, no muy convencido.

Pensaba que aquellos seres debían resistir todo, salvo hallarse en el centro de una explosión nuclear.

—Seguramente —respondió Woll en tono firme—. Pero tendremos que perder una sección más.

—Explíquese —pidió Neba con ansiedad.

—Colocaremos los cables conectados a una toma de fuerza de tres mil voltios, en las proximidades de una puerta amenazada, que abriremos una vez hecha la conexión —habló el biólogo—. Tendremos que abrir la puerta, no nos quedará otro remedio —hizo

un inciso—. Dejaremos que salgan los seres e incluso que avancen varios metros fuera de la puerta, cuantos más mejor. Entonces lanzamos la descarga y…

—Como están en íntimo contacto unos con otros, ésta se transmitirá de cuerpo en cuerpo, desde el primero al último —exclamó el joven con ojos brillantes.

—Eso mismo —dijo Woll.

Yaser, el ingeniero, estaba allí también. Syomon se volvió hacia él.

—¿Cree usted la idea factible? —preguntó.

—¿Por qué no? Además, tenemos que intentar algo, sea lo que sea.

—Está bien. Ponga manos a la obra inmediatamente y tome todos los hombres que necesite… ¡Un momento, Yaser!

El ingeniero le miró.

—Diga, señor.

—¿Qué sección debemos permitir sea invadida?

Yaser reflexionó unos segundos.

—Tal como están las cosas, la número Nueve. Una de las puertas de la última sección invadida da a una plataforma de enlace de comunicaciones entre distintos niveles y hay espacio suficiente para prepararlo todo.

—Muy bien —aprobó el joven—. Vaya y avísenos cuando esté dispuesto. Quiero dirigir la acción. Y presenciarla, por supuesto.

—Sí, señor.

Syomon se secó con la manga el abundante sudor que le cubría la frente.

—Es posible que ahora consigamos algo —dijo.

Pero la expresión de los rostros de quienes le rodeaban le dijo que ninguno de ellos confiaba en la solución propuesta por el biólogo.

Pasaron algunos minutos. La tensión crecía por instantes.

—¡Acabaré por estallar si no hacemos algo pronto! —exclamó Neba de repente.

—Sería mejor que te fueses a descansar un rato —aconsejó el joven.

—¿Adónde? —preguntó ella con sarcasmo—. ¿Es que no recuerdas que una de las secciones invadidas es, precisamente, la

del alojamiento del personal?

—Bien, hay otros sitios…

El altavoz de la radio se dejó oír de pronto.

—Estamos terminando de preparar la trampa —dijo el ingeniero Yaser—. Estará dentro de unos minutos.

—Bien —dijo Syomon, poniéndose en pie—. Vamos hacia allí. Suu, sus hombres deberán estar dispuestos a todo.

—Sí, señor.

Abandonaron aquel lugar y tomaron un ascensor que les llevó a cuatro pisos más arriba. Yaser y sus hombres devanaban un largo rollo de cable forrado por un grueso aislante, uno de cuyos extremos estaba conectado ya a una toma de fuerza de alta tensión.

La trampa quedó preparada pocos minutos después. Los hombres del ingeniero habían preparado asimismo una zona aislada, a fin de que los que asistían a la prueba pudieran presenciarla sin peligro de electrocución.

Un trozo de cable, precisamente el situado frente a la puerta elegida, había sido privado de su aislamiento. El metal conductor quedaba al descubierto.

—Cuando quiera, Investigador —dijo Yaser.

Syomon descendió a la plataforma por una escalera de diez o doce peldaños y se acercó a la puerta.

—¡Syomon! —gritó Neba de pronto.

El joven se volvió.

—¿Qué ocurre?

Neba estaba muy pálida y sus ojos brillaban de un modo singular.

—No, nada… —contestó la muchacha, turbándose de pronto.

Una leve sonrisa apareció en los labios del joven. Sin añadir una sola palabra, Syomon se dirigió a la puerta y desconectó el pestillo de seguridad.

Instantes después, abría la puerta.

—¡Corre! —gritó Neba.

El joven no necesitó que se lo repitieran dos veces. Atravesó la plataforma y trepó por los escalones de dos en dos.

Al llegar arriba, se volvió.

—Están saliendo —dijo Karm, fascinado por el espectáculo que contemplaba.

La marea de seres se desparramaba fuera de la puerta, avanzando con cierta lentitud, que resultaba tanto más aterradora, cuanto que todos los presentes podían ver que no había fuerza humana que pudiese detenerlos. El cable conductor quedó bien pronto oculto bajo una ingente masa de cuerpos de color gris.

—¡Listos! —dijo Yaser.

—Adelante —ordenó el joven.

Yaser bajó el brazo. Uno de sus hombres movió el conmutador.

Sonó un fuerte chasquido. Una humareda oscura se elevó de la masa de cuerpos, que empezaron a ennegrecer rápidamente, quedando inmóviles los más próximos al lugar de la descarga.

—¡Está dando resultado! —gritó la muchacha.

Todos los que estaban allí contemplaban la operación con expresión hipnótica. La mancha negra que indicaba la carbonización de los cuerpos por electrocución se extendía cada vez con mayor rapidez.

El avance quedó detenido. En un ancho radio a partir del lugar donde estaba el cable, los seres morían electrocutados.

De pronto, alguien soltó un grito de alarma.

—¡Eh, los seres neutralizan las descargas!

—¿Qué? —exclamó Syomon, sintiendo que perdía la respiración.

El avance se había detenido, pero a través de la puerta podía verse una enorme multitud de seres inmóviles, vivos todavía, sin embargo, a juzgar por los movimientos de sus seudópodos.

De repente sonó un fuerte chasquido. La masa de seres se agitó de nuevo.

—¡Se ha quemado el transformador de alta tensión! —gritó uno de los técnicos.

—¡Desconecten! —ordenó Yaser. Y miró al joven y añadió—: Bajo mi responsabilidad.

Syomon asintió.

—Sí, es una orden correcta.

Crispó los puños.

—¿Cómo ha podido suceder una cosa semejante? —preguntó Neba, a punto de echarse a llorar.

—Los primeros absorbieron todo el potencial eléctrico de la descarga —manifestó el ingeniero—. Si vale la comparación, aunque no sea muy exacta, podría decirse que, tras las primeras

electrocuciones, los más próximos se «repartieron» el voltaje de la descarga.

Syomon miró atónito a Yaser.

—O sea —repitió— que tres mil seres recibieron una descarga de tres mil voltios… a razón de un voltio cada uno.

—Exactamente. Una cantidad de energía ridícula, como puede comprender.

—Y los demás, ni se enteraron —añadió la muchacha.

—Bueno, podríamos ir electrocutándolos por grupos… —sugirió el teniente Suu, pero sus palabras cayeron en un vació helador.

—Los seres reanudan el avance —dijo de pronto uno de los soldados.

Pasando por encima de los cadáveres de sus congéneres electrocutados, los seres proseguían su avance irresistible, con la seguridad del que sabe no se le puede levantar ninguna barrera efectiva.

—Hemos perdido una sección más comentó el joven, apesadumbrado.

—Lo cual significa que habremos de abandonar la nave —declaró Woll.

—No, todavía no —exclamó Syomon con energía—. Hay, debe haber algún medio que nos permita derrotarles.

—¿Cuál? —inquirió Neba con voz sin esperanzas.

—No lo sé…

Los ayudantes de Yaser estaban cortando la mayor parte del cable, situados a una distancia prudencial de los seres. Uno de ellos se acercó al ingeniero y dijo:

—Tendremos que desconectar la central de la fuerza para reparar el transformador quemado.

Yaser miró a Syomon.

—Supongo que no habrá ningún inconveniente en que lo hagamos —manifestó.

—No, pero que hagan la desconexión de la central primero y a continuación la del transformador. Luego que conecten otra vez la central, mientras trabajan con el transformador, a fin de que la nave carezca de energía el menor tiempo posible.

—Muy bien. Vayan, muchachos.

—Acompáñeles usted, Karm —dispuso el joven—. Sólo un

investigador tiene acceso a la planta de fuerza de la nave.

—Sí, señor.

Transcurrieron algunos minutos, en medio de un frustrado silencio, mientras todos los que estaban allí contemplaban la continua expansión de la masa de seres, que ya ocupaba por completo la plataforma.

—Pronto tendremos que marcharnos de aquí —murmuró el joven.

De repente, Neba lanzó un agudo grito:

—¡Syomon, los monstruos se han detenido!

El joven creyó que sus ojos le estaban engañando.

Neba decía la verdad.

CAPÍTULO XIII

No sólo se había paralizado el avance de los seres, sino que, incluso, se habían inmovilizado de repente. Hasta los tentáculos permanecían quietos, como si los cuerpos hubiesen sufrido los efectos de un frío intensísimo y repentino.

—¿Por qué se han parado? —preguntó el joven.

Hubo un momento de silencio. Ninguno de los presentes sabía explicarse aquel extraño fenómeno.

—Esto es incomprensible —murmuró el teniente Suu, rascándose la cabeza con aire perplejo.

Estaban en un ancho voladizo, junto a una serie de ventanillas, a través de los cuales divisaban el paisaje circundante.

Al pie de la nave, se veía el campamento donde vivaqueaban los evacuados, en espera de que la situación se solucionase. Syomon vio que uno de ellos se levantaba del suelo, frotándose la cadera con gesto de dolor.

El hombre levantó luego el puño hacia la nave, moviéndolo con ademanes irritados. Syomon vio que el propulsor individual estaba caído en el suelo.

En una fracción de segundo, comprendió lo que sucedía.

Neba exclamó de pronto:

—¡Ha vuelto la luz! ¡La central está conectada de nuevo!

Suu lanzó un agudo grito.

—¡Los seres avanzan otra vez!

Syomon volvió la vista hacia la plataforma, por la que, como marea irresistible, se extendían aquellos seres cuyo tamaño en estado normal, no alcanzaba a la millonésima de milímetro.

—Bien —dijo de pronto, exhalando un gran suspiro—, ya sé cómo detener el avance.

Neba y Suu le contemplaron con evidente ansiedad.

—Habla, pronto, por favor —pidió ella.

Suu no dijo nada, pero su rostro lo expresaba todo.

—Teniente —ordenó el joven—, vaya a la central y desconecte la energía total de la nave. Llévese un transmisor de radio y permanezca allí en espera de mis órdenes.

—Sí, señor.

Suu echó a correr en seguida. Entonces, Syomon tomó el brazo de la muchacha.

—¿No te importa? —preguntó.

Neba le miró y sonrió.

—No, Syomon —contestó.

—Es una lástima… —dijo él, interrumpiéndose de pronto.

—¿Qué, Syomon?

El joven la condujo hacia una de las ventanillas cercanas.

—Mira —indicó, esquivando una respuesta concreta.

El tripulante que se había caído antes recogió su propulsor individual. Lo probó con gesto receloso y, al ver que funcionaba de nuevo, ya que la planta de fuerza irradiaba energía otra vez, se elevó en el aire un par de metros, dirigiéndose a un punto situado a cien metros de distancia.

—El día en que yo pueda mandarlo haré que todo el mundo practique la gimnasia —dijo el joven, enojado—. Mira que usar un transmisor individual para recorrer sólo cien metros…

De pronto, la energía fue desconectada por segunda vez. Al fallarle la fuerza propulsora, el individuo rodó por tierra de nuevo.

Neba dejó escapar una alegre carcajada. El hombre se puso en pie y se alejó, abandonando el propulsor, bastante enfadado.

—¡Señor! —llamó uno de los soldados en aquel instante—. ¡Los monstruos se han detenido de nuevo!

Neba y Syomon volvieron la vista. Por segunda vez, los seres estaban absolutamente inmóviles, como si se hubiesen convertido en piedra.

—La planta de fuerza tiene algo que ver con eso —dijo Neba.

—Exactamente. No sé qué es, pero parece como si recibieran su energía de nuestra central —convino el joven.

Sonó la voz del teniente Suu.

—Señor, ¿se han detenido los monstruos?

—Así es —contestó Syomon, a través de la radio—. Mientras tengamos parada la central de fuerza, no avanzarán más. Ignoro las causas, pero es así. De todas formas, continúe junto a la central hasta nueva orden y mantenga la radio conectada en todo momento.

—Sí, señor.

Neba miró al joven.

—Ésta sería la ocasión para que los biólogos examinaran a uno de esos seres y tratasen de averiguar la manera de combatirlos de forma efectiva, ¿no crees, Syomon?

—Desde luego —accedió él—. Voy a llamar a Woll.

El biólogo prometió acudir lo más pronto posible.

Mientras tanto, los dos jóvenes quedaron en el voladizo, contemplando la inmóvil masa gris, en la que no se percibía ni siquiera un estremecimiento.

—Syomon —habló Neba.

—Dime —contestó él.

—Hace unos momentos… dijiste «qué lástima», pero no me explicaste a qué te referías.

—A ti —manifestó Syomon.

—¿A mí? —se extrañó ella—. No te entiendo, Syomon.

El joven suspiró.

Eres hija y nieta de Primeros Investigadores. Yo… estoy empezando ahora; eso es todo.

Neba comprendió. Le tomo por el brazo.

—Eso no importa, Syomon —murmuró—. Cierta vez, no hace mucho, te hablé que había comprendido que las diferencias de rango desaparecen en determinados momentos.

—Sí, es cierto.

Neba le miró a la cara.

—Tal vez —manifestó—, éste sea uno de ellos.

Syomon la contempló en silencio durante unos instantes.

—Esperaré —dijo.

—¿A qué?

—Ahora estás como sugestionada por las circunstancias. Es preferible que te veas de nuevo en un ambiente normal, cuando nada que no sea tu vida habitual ejerza presión sobre ti y tus sentimientos. Entonces será llegado el momento de comprobar si lo

que dijiste era, aun considerándolo sincero, producto de un arranque impulsivo o algo duradero.

—Lo será, Syomon —prometió ella con fervor.

Syomon apretó su brazo de nuevo, dirigiéndole una afectuosa sonrisa. En aquel instante, llegó Woll.

—Lo veo y no lo creo —exclamó el biólogo—. ¿Qué les dieron?

—Les quitamos, que no es lo mismo —corrigió Syomon—. Carecen de corriente eléctrica.

—La planta de fuerza está desconectada —dijo Woll.

—Así es.

Woll se pellizcó el labio inferior.

—De modo que, mientras no tienen energía eléctrica, no se mueven.

—Lo está viendo usted, Woll.

—Bueno, a falta de otra cosa… Gente al trabajo y animales fuera de la nave —dijo el biólogo—. Nos quedaremos unos cuantos ejemplares para su estudio y…

—Sacarlos a todos costará mucho —manifestó Syomon—. Debe haber centenares de miles.

—¿Y qué otra solución propugna usted? —rezongó Woll—. Yo no veo, ninguna más, dadas las circunstancias.

—Esperen un momento —dijo él de pronto.

Se lanzó escaleras abajo y corrió hacia el borde de la masa de cuerpos grises.

—¡Syomon, ten cuidado! —exclamó Neba, angustiada.

El joven se inclinó y puso sus manos sobre uno de los cuerpos. Intentó levantarlo, pero apenas si consiguió alzarlo unos centímetros del suelo.

—Son terriblemente pesados —dijo—. Se necesitarían cuatro o cinco hombres para mover uno solo.

—Pues no tenemos otra solución, si queremos vivir tranquilos —contestó el biólogo—. Apartaré media docena para su estudio y los demás serán lanzados fuera de la nave.

Syomon movió la cabeza negativamente, mientras volvía a reunirse con ellos.

—¡Imposible! —dijo.

—¿Por qué? —quiso saber la muchacha.

—No sabemos si, al cabo de cierto tiempo, ellos, por sí mismos,

acabarían produciendo energía eléctrica y reviviendo, por tanto.

—Eso no nos importa en absoluto —estalló el biólogo—. Nos iremos de aquí, apenas hayamos expulsado al último de ellos…

—Woll —replicó el joven—, olvida usted una cosa, y es que la vida inteligente está a punto de surgir en este planeta. No podemos dejar sueltos varios cientos de miles de seres que, a juzgar por lo que hemos visto, son hostiles a todos los demás seres vivientes.

—¡Pero ya estaban aquí! ¡Y no pasaba nada! —gritó Woll, exasperado.

—Sí, estaban aquí. Pero ¿recuerda usted «como» estaban?

Woll se quedó parado. Syomon continuó:

—Formaban un glóbulo de materia, compuesto por trillones de seres, enterrado a gran profundidad desde hacía tal vez millones de años. Sus efectos, en estado ultramicroscópico, no eran demasiado dañinos.

—Producían la locura a los seres humanos. Recuerde usted a Bozaan —alegó el biólogo.

—Sí, pero no todo el mundo se volvió loco y, aun así, sólo unos cuantos sufrieron efectos perniciosos. De haberlo sabido, habríamos podido enterrar a gran profundidad aquel glóbulo o bien dispararlo en un cohete con una órbita hacia la estrella de este planeta. El peligro habría sido eliminado definitivamente de esta forma.

—Pueden reaccionar más tarde —sugirió Neba—. Y… ¿quién sabe si, al cabo del tiempo, reviven lo suficiente para proseguir su destructor avance e incluso reproducirse?

—Bien, si no nos queda otro remedio, despegaremos y los lanzaremos al espacio. En un ambiente sin gravedad —dijo Woll—, el trabajo resultará más fác…

Se interrumpió de pronto. Syomon le contemplaba de hito en hito.

—No podemos —gimió Woll—. Para salir al espacio es necesario conectar de nuevo la central de fuerza y seguirían saliendo más y más seres.

—Exactamente —convino el joven con humor sombrío.

—Si pudiésemos volverlos a su anterior estado ultramicroscópico —suspiró la muchacha.

—Mirándolos a través de una lupa invertida, ¿verdad? —dijo Woll con agrio sarcasmo.

Syomon no dijo nada.

Reflexionaba.

—Los seres salen del ultramicroscopio —murmuró al cabo de unos instantes.

—Eso ya lo sabemos —masculló Woll.

—Nosotros estuvimos examinándolos —continuó Syomon, como si hablara consigo mismo—. Recuerdo que, al llegar al medio millón de aumentos, más o menos, el ser desplegó sus tentáculos y se acercó a la pantalla, como si quisiera salirse a través de ella. Pero cuando bajamos la potencia de aumento, los seudópodos se replegaron y el ser se inmovilizó casi por completo.

—Acaso eran «avivados» por la corriente de electrones —sugirió la muchacha.

—Sí —dijo Syomon, muy excitado—. La corriente de electrones les avivaba, sobre todo a medida que ganaban en tamaño aparente… y les aletargaba al disminuir de volumen… es decir, si se puede expresar de una manera bastante incorrecta, cuando la corriente de electrones circulaba en sentido contrario.

—¡Syomon! —gritó Neba, sin aliento, pues empezaba a comprender las intenciones del joven.

Syomon la miró con ojos brillantes. De repente, se apoderó del transmisor de radio.

—¡Teniente Suu! —llamó.

—¿Señor? —contestó el oficial.

—Dispóngase a conectar la energía, pero sólo en el momento en que yo se lo ordene. Tardaré un buen rato, sin embargo, no deje de estar atento a mi llamada.

—Sí, señor.

Syomon no perdió el tiempo. Descendió las escaleras y se dirigió sin vacilar hacia la masa de seres, que aparecían tan inmóviles como rocas.

El camino hacia el Laboratorio de Reconstrucción no fue fácil. Tuvo que dar algunos rodeos, ya que había lugares en que la masa de seres ocupaba todo el espacio, incluso hasta el techo.

Pero al fin lo consiguió, aunque, para alcanzar el ultramicroscopio, tuvo que arrastrarse, ya que no podía permanecer erguido, dado el poco espacio que había entre ellos y el techo. Por si fuera poco, tuvo necesidad de emplearse a fondo, para conseguir,

tras penosos esfuerzos, que le dejaron exhausto, un lugar donde poder manejar el ultramicroscopio.

Estuvo unos momentos allí, jadeante y sin aliento. Al fin, manipuló en los controles, fijándose en que el médico había dejado el aparato en un millón de aumentos. Colocando la aguja indicadora en su posición normal, tomó el aparato de radio y llamó:

—Teniente Suu.

—Le oigo, señor.

Syomon miró hacia el aparato. Estaba en posición de funcionamiento, aunque inerte, al carecer de energía que lo hiciese actuar.

—¿Señor? —repitió Suu, impaciente.

Syomon vaciló. ¿Y si su hipótesis resultaba errónea?

Pero ya no podía echarse atrás.

—Adelante, Suu. ¡Conecte la planta de fuerza!

Las luces del laboratorio se encendieron. Syomon se encontró sólo de repente.

¡Los seres habían desaparecido!

Casi se echó a llorar, con los nervios destrozados a causa de la tensión a que habían sido sometidos en los últimos instantes.

Los seres habían estado saliendo del aparato, mientras éste funcionó a una cifra de aumentos tal que les permitía actuar ofensivamente. Cuando el microscopio volvió a su posición normal, los seres recobraron de nuevo su tamaño ultramicroscópico.

—¡Syomon, Syomon! —gritó la joven, a través de la radio—. ¡Contéstame, pronto! ¿Estás bien?

—Sí —respondió él cansadamente—. Estoy bien, Neba.

Epílogo

Antes de partir, Syomon quiso que Neba le acompañase.

—¿Adonde? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—Ya lo verás.

Usaron los propulsores individuales para desplazarse.

Los trabajos de reparación de los daños sufridos habían terminado ya. Cuadrillas de especialistas habían destruido hasta el último germen de aquellos seres que tan peligrosos podían resultar, aumentados de tamaño por medio de un ultramicroscopio.

—Existen en la Galaxia formas de vida que no podemos sospechar siquiera —había dicho Syomon—. Cada una tiene sus circunstancias y características peculiares y es un error, y un pecado, tratar de modificarlas artificialmente. Cada ser debe vivir la existencia que le fue asignada por el Supremo Creador, sin que nadie está facultado para alterarla por pura conveniencia o capricho.

Poco después, Syomon y Neba llegaban al bosque.

Caminaron por él con toda tranquilidad. Hacía poco que había salido el sol.

Minutos más tarde, Neba se detuvo.

—Mira, Syomon —dijo en voz baja.

Había un hombre tendido en el suelo. Era joven, de largos cabellos negros y presencia agradable. Parecía dormir apaciblemente.

Junto a él, a dos pasos de distancia, se veía a una mujer, también joven y hermosa. La mujer se despertó apenas llegaron ellos a sus inmediaciones.

Ella no les vio. Syomon se dio cuenta de que ni siquiera percibía su presencia.

En aquel instante, el hombre se despertó. Sus ojos contemplaron a la mujer, con asombro primero, y con alegría, después.

Él se puso en pie. Inclinándose, tomó la mano de la mujer y la ayudó a incorporarse.

Ninguno de los dos parecía cohibido por su desnudez total. Para ellos, pensó Syomon, era algo completamente natural.

La pareja estuvo contemplándose durante algunos instantes. Después, cogidos de la mano, se adentraron en el bosque, mientras pájaros de todos colores revoloteaban alegremente por encima de sus cabezas.

El hombre y la mujer desaparecieron de la vista de Syomon y Neba.

La muchacha se sentía profundamente impresionada.

—La vida inteligente acaba de hacer su aparición en este planeta —dijo Syomon.

Neba asintió en silencio.

—Pasarán muchas penalidades, pero serán felices —añadió él.

—Vámonos —dijo Neba, transcurridos algunos minutos—. Este planeta es de ellos y de sus descendientes.

—Así será. —Syomon suspiró—. Tal vez, dentro de diez o veinte mil años, sus descendientes volarán a las estrellas y se encontrarán con nuestros descendientes.

Neba le miró sonriente.

—¿«Nuestros», has dicho?

—Me refería a los de nuestra raza, en general —sonrió él.

—Yo creías que hablabas en un sentido menos… extenso —dijo Neba en tono malicioso.

Syomon rodeó con el brazo los esbeltos hombros de la muchacha.

—También puede hablarse de descendientes de una forma más particular… referida a ti y a mí, por ejemplo.

—Eso es justamente lo que quería decirte —exclamó ella, apretándose contra el joven.

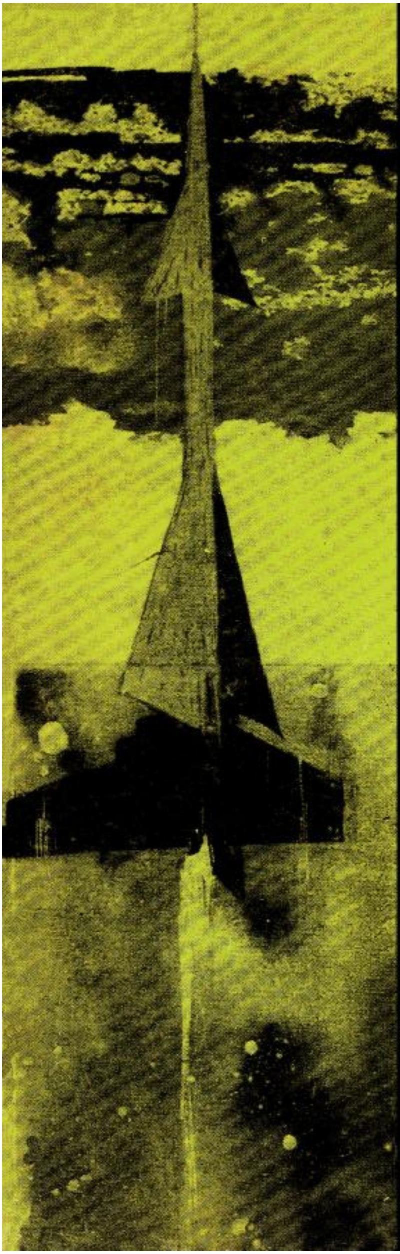
Sobrevino una pausa. Luego, Syomon dijo:

—Vamos, Neba. Este planeta empieza a vivir ahora. Dejemos que se desarrolle.

—Nuestra vida empieza también ahora —murmuró Neba, sintiéndose inmensamente feliz, mientras caminaba junto al hombre

que estaría siempre a su lado.





Era el peor oficio de la Galaxia. Salvaba millones de vidas, pero la gente escupía a su paso.

Próximo número:

EL PESADOR

Autor:

CLARK CARRADOS

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.